

juan carlos legido

historia de judíos

teatro

editorial alfa • montevideo

HISTORIA DE JUDÍOS
Tres actos de
JUAN CARLOS
LEGIDO

Personajes

EVA (<i>Narradora</i>)	ISAAC
DANY	RUT
BARTOLO	CLIENTA
CLIENTA	ANTIPATICA
SIMPATICA	SCHORR
TIO PETER	ENCARNACIÓN
DOBA	MYRNA
BERNARDO	LEO
PABLITO	

ESCENARIO

A pesar de que esta pieza, como su nombre lo indica, es una historia de judíos, el autor no tuvo intención de escribir una obra costumbrista. No es de rigor, por lo tanto, una escenografía estrictamente realista, pudiendo incluso funcionar con cámara negra, luces y accesorios.

Para el acto primero:

Trastienda —habitación modesta, de reducidas dimensiones— que comunica con el almacén. Una mesa, un mueble aparador, un sillón o sofá, una repisa con libros, una radio. En el sector del almacén: un mostrador, una balanza y estanterías con latas y botellas.

Para el acto segundo:

Desaparece el sector del almacén. Un solo ambiente, más amplio. Mobiliario parecido al del acto primero, donde

se nota mayor prosperidad, aunque no propiamente buen gusto. Una mesa amplia, cubierta de libros (que en el momento oportuno puede convertirse en lugar para jugar al ping pong). Un modelo más moderno de radio o tocadiscos. Desaparece la repisa del acto anterior. En su lugar, una biblioteca de regular tamaño.

Para el acto tercero:

El mismo dispositivo escénico del acto segundo, con alguna variante de utilería.

Para los tres actos:

Es fundamental la presencia de tres atriles y de un violon-cello, un violín y una viola, con sus respectivos estuches. Estos instrumentos jugarán un papel importante y simbólico durante el transcurso de la obra.

ACTO 1

EVA.— *(Narradora)* ¡Luz! Luz! Aquí, del lado izquierdo. *(Un foco ilumina a la Narradora.)* Gracias. Y allá, en aquel sector del público. Sí. Del público. *(Otro foco ilumina un sector de la platea. La Narradora baja del escenario y dialoga directamente con el público.)* Señor, ¿tendría la bondad de decirme cuál es su nacionalidad? *(Contestación)* ;Y la de sus padres? *(Contestación)* Y usted, señora... ¿es uruguaya? *(Contestación)* ¿Y sus padres también eran uruguayos? No tenga vergüenza. Esto es parte de la pieza. *(Se establece un diálogo espontáneo con tres o cuatro espectadores, siempre a propósito de sus orígenes, de sus padres o abuelos emigrantes, etc.)* Bueno. Si continuáramos con este interrogatorio veríamos extenderse las razas, los países y las regiones que han venido a poblar esta tierra. Mi caso, por ejemplo. Bueno, me parece que ya es hora de que me presente. *(La Narradora vuelve al escenario.)* Mi nombre es Eva Hers-koviez. Sí, claro. Por el nombre va se habrán dado cuenta. Judía. Y ni siquiera nacida en este país. Y justamente por eso es que estoy ahora en este escenario. Para contarles la historia de algunas personas. . . como yo, también judías . . . la historia de una familia judía que comienza a hacerse una historia en este país; la historia de mi padre Isaac, de mi hermano Dany y mi hermana Rut. Bueno. Pero empezemos por el principio, como se suele decir. Llegamos a Montevideo en 1939. Algo les dice esa fecha ¿verdad? Como tantos otros, éramos judíos escapados de Polonia . . . y casi en el último momento, porque pocos meses después de embarcarnos estallaba la gue-

rra. Tuvimos suerte. Mucha suerte si la comparamos con las de millones de judíos que no quisieron o no pudieron escapar de sus ciudades de Alemania, de Austria. Checoslovaquia, de casi toda Europa. Claro, para nosotros fue una tragedia dejar nuestro hogar para venir a emigrar a la lejana América del Sur... mi padre Isaac, mi hermano Dany, mi hermana Rut y yo. No. Mi madre no llegó a Montevideo. Había muerto unos días antes de embarcarnos. Ya estaba enferma en Polonia y... bueno... disgustos, no le faltaron en aquellos meses pesadillescos del año 1939. En cuanto a mi padre...

(Un foco ilumina a Isaac tocando el violoncello.) . . .se lo había traído de Polonia. Allí eran pocos los de nuestra raza que no supieran tocar algún instrumento, especialmente el violín. A mi padre le había dado fuerte con el violoncello, pero con respecto al violín pasen ustedes lista. . . Menuhin, Heifetz, Oistrach padre, Oistrach hijo, Leonid Kogan... una lista impresionante. ¿Cómo no vamos a ser mejores intérpretes cuando a la edad de jugar a los soldaditos o de hacer dormir a la muñeca ya estamos practicando el violín con el profesor de música? *(Se ilumina un segundo foco y aparece Dany, el hermano, tocando el violín.)* . . . ¿Ven? Lo que les decía. Éste es mi hermano Dany. *(Se ilumina un tercer foco y aparece Rut, la hermana, tocando la viola.)* . . . Y ésta es mi hermana Rut. No. No es el violín. Es la viola. *(El grupo interpreta conjuntamente.)* . . . Un verdadero trío. Pero ya sé lo que ustedes se deben estar preguntando. Por qué no estoy yo formando un cuarteto. Muy sencillo. Porque yo tocaba el piano. No lo pudimos traer. Y aquí no pudimos comprar otro. *(El conjunto desafina. Dany y Rut ponen cara de culpables.)* '!.Pero seguramente no hay

ningún peligro de que mi hermano Dany o mi hermana Rut extiendan algún día la lista de los grandes intérpretes judíos. Bueno. Y ahora que les mostré una escena bastante típica del hogar de los Herskovicz, les mostraré alguna otra... un sábado de tardecita, por ejemplo... pero me parece que es el momento oportuno de aclarar mi lugar en esta historia. En realidad ésta no va a ser mi historia. Me limitaré a participar como narradora y sólo cuando sea necesario apareceré entre los principales personajes que, les repito, son mi padre Isaac (*Un foco vuelve a iluminarlo en actitud de tocar el violoncello.*) ...mi hermano Dany (*Un segundo foco lo ilumina.*) y mi hermana Rut (*Un tercer foco la ilumina.*).

(Después de esta iluminación individual se ilumina todo el escenario. Los tres personajes eontinúan su

interpretación de música clásica. Vuelven a desafinar Rut y Dany. Isaac golpea con el arco y suspende la ejecución.)

ISAAC. — Bueno, por hoy basta. No están muy inspirados.

DANY. — Niel.

ISAAC. — Nada de hablar en polaco.

DANY. — Nein.

ISACC. — Ni en idish. Castellano. Siempre castellano. Acá tenemos que vivir. Acá tenemos que vender. . . hablando castellano. (*Pausa.*) Bueno, Rut. Es hora de que vayas calentando el agua para el té. Y no te olvides, eh, hoy cinco tazas en vez de cuatro.

RUT. — (*Divertida.*) ¡La taza del señor Schorr!

ISACC.— ¿Qué pasa con Schorr? ¿Te molesta?

RUT.— No. No.

ISAAC.— ¿Entonces? Además.. . no es mucho gasto convidarlo con una taza de té.

RUT. — (*Mirándose con Dany y tapándose la cara para*

no reír.) No, papá. Pobre señor Schorr. Él nunca molesta. Y nunca se sirve más de una taza. Pero. . . (*Rut rompe a reír y contagia con su risa a Dany.*)

ISAAC. — Eso está mal. Ustedes no tienen por qué reírse de Schorr. Schorr es uno de los hombres más virtuosos y más sabios que. . .

(Irrumpe en el escenario Bartolo, un muchacho de 15 ó 16 años.)

BARTOLO. — ¡Don Isaac! ¡Don Isaac!

NARRADORA. — . . . Éste es Bartolo, el muchacho de los mandados. No, no es judío. Y justamente porque no era judío atendía los sábados el almacén, ya que papá era muy estricto con el precepto bíblico del descanso sabático.

ISAAC. — ¡Qué pasa, Bartolo;!

BARTOLO. — ¡La alemana de la otra cuadra! Quiere hablar con usted. Dice que la libreta está mal sumada. Yo le dije que usted no puede atenderla, que hoy es el feriado de los juda... digo, de ustedes... pero se vino tan cabrera que. . .

ISAAC. — Bueno. Ya voy. Rut, no te olvides del agua para el té.

RUT. — No, papá. Y cinco tazas. Una especial para el señor Schorr. *(Isaac y Bartolo pasan al almacén, en el otro sector del escenario.)*

ISAAC. — Buenas tardes. ¿Qué le sucede, señora? *(Cuando se ilumina el sector del almacén se atenúa la luz en el sector de la trastienda.)*

CLIENTA ANTIPÁTICA. — Quisiera que me revisara esta cuenta. *(Muestra una libreta.)* . . . Acá figuran cosas que no encargué para nada. . . por ejemplo, **media** docena de botellas de vino clarete. En casa jamás tomamos vino clarete ni ninguna otra clase de vino. Mi marido es nieto de alemanes. . . pero de alemanes de verdad y no de esos que se dicen alemanes pero que

en realidad son judíos. . . y por eso lo único que toma es cerveza.

ISAAC. — (*Confundido.*) ¿Quién?

CLIENTA ANTIPÁTICA. — ¿Cómo quién? Mi marido.

ISAAC. — Entonces... ¿cuál es el problema?

CLIENTA ANTIPÁTICA'. — Que nosotros no pedimos esa media docena de botellas de vino clarete. Lo que pedimos fue media docena de cervezas.

ISAAC.—Ah!, ahora entiendo. Bartolo... ¿Tú llevaste media docena de botellas de vino clarete a la casa de la señora?

BARTOLO. — ¡Paaaah! ¡Ahora que me acuerdo! ¡Tenía que dejarlas en el apartamento de al lado! ¿Sabe lo que me confundió? Que los dos apartamentos tienen

perro.

CLIENTE ANTIPÁTICA.— ¡Bah! Un fóxter que recogieron de la calle. El mío, en cambio, es de pedigree.

BARTOLO. — Bueno. Pero no me va a negar que igual es un perro, ¿no?

ISAAC. — Está bien, está bien. La culpa fue mía. Nunca me imaginé que iban a aparecer tantos perros. (*Aparece otra parroquiana, con una canasta llena de botellas.*)

CLIENTA SIMPÁTICA. — ¡Don Isaac! Menos mal que lo encuentro, un sábado. ¿Me quiere decir por qué mandó estas botellas de cerveza? No, no se las encargué. (*A la clienta antipática.*) ¿Cómo está, señora? ¿Y su perrito?

CLIENTA ANTIPÁTICA. — Lo que pasa es que su pedido la llevaron a mi casa y el mío a la suya. Esta cerveza era para nosotros.

ISAAC — ¡ Bartolo! ¡ Pronto! .Llévalas a la casa de la señora. (*A la clienta antipática.*) ¿he importaría acompañar a Bartolo y entregarle las botellas de vino?

CUENTA ANTIPÁTICA. — *Es que antes tengo algo que arreglar con usted.*

BARTOLO. — *(A la denta antipática.)* Bueno... La espero en la puerta de su casa. *(A la denta simpática.)* Vamos, doña, ¿me va a tener clavado aquí toda la tarde?

CLIENTA SIMPÁTICA. — En fin... todito quedó aclarado ¿no? Gracias, don Isaac. Gracias, señora. Y saludos a su perrito. *(Sale con Bartolo.)*

CUENTA ANTIPÁTICA. — *(Agresiva.)* Esta cuenta está mal sumada.

ISAAC. — ¿Mal sumada? Espere un momento. No traje los lentes. ¡Dany! ¡Dany!

DANY. — *(Llegando de la trastienda.)* Sí, papá.

ISAAC. — ¿Quieres revisarme esta cuenta?

DANY. — *(Sumando con rapidez.)* Hay un peso con 47 centesimos de más.

ISAAC. — *(Sorprendido.)* ¡Uno con 47! ¿Y quién hizo esa cuenta?

DANY. — Vos, papa.

ISAAC. — No digas "vos". No es gramatical. Disculpe señora. Le devolveré el importe del vino clarete que hace. . . *(Toma papel y lápiz.)* dos con veinte... menos lo de la cerveza. . . cero ochenta; quedan uno con cuarenta a su favor. . . más uno con 47 de la libreta, son. . . son. . . dos con ochenta y siete. *(Saca el dinero del mostrador y se lo entrega.)* "Cuentas claras hacen buenos amigos" ¿verdad?

CLIENTA ANTIPÁTICA. — "Cuentas claras hacen buenos amigos". ¿No diga? Como si con ustedes, los judíos, se pudieran hacer las cuentas claras. ¡Una siempre sale perdiendo!

ISAAC. — Señora. . . ya ve que todo fue una equivocación.

CLIENTA ANTIPÁTICA. — Una equivocación, sí. Una equivocación a favor suyo. Ya lo dice mi marido, que

es nieto de alemanes y que sabe muy bien lo que

dice. . . que un solo Hitler no alcanza para ustedes, los judíos. . . que hacen falta muchos más para que los metan a todos en la cárcel, así no siguen robando. DANY. — *(Reaccionando.)* ¿Qué está diciendo? Yo le voy a...

ISAAC. — Calma, Dany. No vale la pena.

CUENTA ANTIPÁTICA. — *(Saliendo.)* ...y todavía tienen suerte de que no haya alguna otra almacén por aquí cerca, que entonces no iba a ser yo la que pisara el negocio de un judío. *(Alejándose.)* ¡Caraduras! ¡Venirme con que fue una equivocación!

DANY. — Déjame, papá. No puede tratarnos de ese modo.

ISAAC. — *(Sujetándolo.)* Esa gente no sabe lo que dice, Dany.

DANY. — Esa gente sabe muy bien lo que dice, papá. Son nazis, son fascistas, que como ahora están ganando la guerra se creen con derecho a decir cualquier cosa. Pero esto no es Europa y yo le voy a. . .

ISAAC. — Dany. No te olvides de que tenemos un almacén. Y que tenemos que vivir de lo que nos compra la gente. Y que desgraciadamente muchos piensan de nosotros todas estas cosas. . . muchos que no son nazis ni fascistas.

DANY. — "Creer" que no son nazis ni fascistas, papá. *(Pausa.)* Yo a esos no les vendía ni por dos cobres.

ISAAC. — Hay que venderles aunque sea por "dos cobres". Somos cuatro que tenemos que vivir de lo que nos compran. Y nosotros no tenemos más remedio que venderles. Nos crean buenos o nos crean malos. Bueno. Quédate hasta que venga Bartolo. Voy a ver cómo marchan las cosas por la casa. Esta noche viene Schorr y quiero que todo marche "fenómeno". ¿Se dice "fenómeno", no? *(Dany mueve tristemente la cabeza)*

mientras sale Isaac. Se apaga la luz del escenario. Un foco ilumina a la narradora.) NARRADORA. — Si. Así era mi padre. Así era Isaa Hers-kovics, un judío polaco emigrado al Uruguay en 1939; "el judío del almacén de la esquina", como lo llamaban los del barrio. Con esa paciencia innata de una raza perseguida y errante durante muchos siglos y que sabe aguantar sin pestañear. . . claro, no siempre tenía que aguantar prejuicios o injusticias de aquel barrio de criollos humildes y sencillos que sin ninguna maldad más bien lo tomaban a broma por sus rarezas ... lo que ellos creían rarezas, pero que para nosotros eran cosas tan comunes. . . su feriado obligatorio del día sábado, por ejemplo... o del día del perdón... o del año nuevo judío... su desacostumbrada dulzura y paciencia, tan diferente al temperamento meridional de aquellos buenos descendientes de italianos y de españoles. . . su cultura fuera de escala para exhibir desde el mostrador de un almacén y especialmente su vio-loncello... sí, el dichoso violoncello que no era el sonido más apropiado en aquellas calles de comadres y de radios puestas a todo volumen. *(Pausa.)* Y aquí lo tenemos con Schorr, su confidente, su adversario en polémica y en ajedrez, el único amigo verdadero que se había hecho en su nuevo país... *(Se ilumina el escenario. Schorr, un judío de los que pueden llamarse típico, leyendo y dando al mismo tiempo unas puntadas a un saco. Isaac escucha con atención mientras termina de beber una taza de té.)* SCHORR. — *(Leyendo.)* ... "y después que Jehová hubo dirigido estas palabras a Job dijo a Elifaz de Teman: Estoy irritado contra tí y tus dos amigos porque vosotros no habéis hablado de mí según verdad como lo ha hecho mi servidor Job. Por eso, id a tomar siete becerras y siete carneros, después retornad a mi ser-

vidor Job y ofrecedlos en holocausto. Job mi servidor rogará por vosotros y por consideración hacia él yo no os castigaré por vuestra locura porque vosotros no habéis escuchado de mí según verdad como lo ha hecho mi servidor Job." (*Quedan los dos meditando.*) ISAAC. — Es por eso que te digo, Schorr, que hay que ubicar a Job entre Nehemías y los Macabeos... de

alguna manera tiene que haber recibido influencia de la filosofía griega. Este Job es demasiado audaz. Los doctores de la Ley o escribas de generaciones anteriores jamás se hubieran atrevido a decir a Jehová lo que le dice Job en aquel pasaje... a ver (*hojea la Biblia y lee*) "yo perezo, me voy para siempre —déjame, mis días no son más que un soplo— ¿qué es el hombre para que tú lo distingas con la mirada —para que tú te dignes prestarle atención —para que mañana a mañana tú lo examines —y cada instante lo pruebes— ¿hasta cuándo tendrás tus ojos en mí — y me negarás un momento para tragar mi saliva? —si he pecado qué te importa, espía del hombre?" ...te das cuenta, Schorr, "espía del hombre". A Jehová nada menos. ¿No te parece una buena prueba de lo que te sostengo? SCHORR. — De ninguna manera. Jamás llegó la filosofía griega a infiltrarse entre nuestros antepasados antes de Alejandro Magno. Acuérdate de Esdras. Acuérdate de Nehemías. Estrictos observantes de la Ley por culpa del debilitamiento de la ortodoxia en épocas de cautiverio. Además... fijate, Isaac, qué maravillosa descripción de Jehová, llena de fe... el tradicional Jehová del pueblo judío. Escucha. (*Vuelve a dejar su labor para hojea la Biblia.*) "Ciñete como un hombre tus riñones —• voy a interrogarte, tú respóndeme — ¿tienes un brazo como el de Dios? — ¿truenas tú con voz

como la suya? — Adórnate de gloria —
 revístete de
 esplendor y de magnificencia..."

BARTOLO. — Don Isaac, ¿puedo cerrar?

ISAAC. — ¿Qué hora es? BARTOLO. —
 Las nueve y cuarto. ISAAC. — Tú sabes que
 tienes que quedarte hasta las diez.

Puede caer algún cliente. BARTOLO. —
 ¿A esta hora, un sábado? Sea bueno, Don
 Isaac. A las diez tengo un baile. Mientras
 voy a casa
 y me cambio... ISAAC. — Los bailes
 nunca empiezan a la hora exacta.

¿Para qué vas a ser el primero si las
 muchachas van
 a caer mucho más tarde? BARTOLO. —
 Está bien. Usted siempre tiene razón. Pero
 mire que hay que embromarse con usted,
 Don Isaac.

Que es duro de pelar, la pucha.

DANY. — Pobre Bartolo. Déjalo que se
 vaya, papá. Yo te atiendo el rato que
 falta.

ISAAC. — No. Él sabe que tiene que
 quedarse hasta las diez. Es el único día
 que atiende el mostrador. Además, Dany,
 a tu edad ya deberías saber lo que dice el
 Levítico: "Y habló Yahvé a Moisés
 diciendo: Trabaja-
 réis seis días, mas el séptimo será de
 reposo y no haréis
 rizaréis ninguna clase de trabajo servil."

SCHORR. — Bueno, Isaac. No hay que
 exagerar. Además, si tienes que atender un
 negocio que abre los sábados y cierra los
 domingos ¿qué otra cosa puedes hacer?
 Moisés no previó lo que le ocurriría a un
 judío tres mil quinientos años después...
 sobre todo viviendo tan lejos de su lugar de
 origen. ISAAC. — De cualquier modo, si no
 cumpliéramos el mandamiento del sábado,
 derrocharíamos dinero. Porque entonces
 ¿para qué le pago a Bartolo? SCHORR. —
 Dime con sinceridad, Isaac. ¿El sábado no

trabajas por cumplir el mandamiento o porque le pagas a Bartolo?

ISAAC. — ¡Qué pregunta! Si no existiera el mandamiento no tendría porqué pagarle a Bartolo.

SCHORR. — Igual nadie me sacará de la cabeza que exageras. Yo, por ejemplo, no me puedo dar el lujo de cumplir con el mandamiento del sábado porque no tengo más remedio que pasarme toda la semana con esta aguja en la mano. Tengo que sudar mucho para ganar un peso. Y tú también. Tu negocio no es una mina de oro para que tires la plata pagando a un muchacho para que al fin y al cabo haga tu propio trabajo.

ISAAC. — Bueno. No es para tanto. A Bartolo no le pago por el trabajo del sábado. En realidad le pago como mandadero. Sólo' que los sábados, en vez de hacer mandados, atiende el mostrador.

SCHORR. — Bueno. Pero si no es Bartolo, es esa mujer que viene a lavar ropa y a limpiar. Habiendo dos mujeres en la casa ¿qué necesidad de pagarle a una extraña?

ISAAC. — Schorr, te diré un secreto. Mis hijas limpian y hacen las cosas de la casa, sí. . . pero bastante mal. No salieron como la madre. Claro, después de todo, para ellas esta no va a ser la casa verdadera. Oh, Schorr, es un mal negocio traer hijas al mundo. Nosotros las criamos para que después vengan los maridos y se las lleven. Además, tú ya habrás notado las costumbres de este país. Aquí las muchachas eligen novio sin consultar a los padres ¡y a veces hasta se casan sin darles la menor intervención! ¿Cómo vamos a pretender que nuestras hijas, en este ambiente, sean lo mismo que nuestras esposas o nuestras madres allá en Polonia?

SCHORR. — Lo que tendrías que hacer es casarte de nue-

vo. Tú ya sabes, Isaac... la hermana de David Orens-tein... una buena mujer, hacendosa, temerosa de Dios. Sería una buena madre para tus hijos.

ISAAC. — Sí. Tal vez sería una buena madre para mis hijos. Pero sería una esposa muy poco atractiva para mí. ¿Te casarías tú con 120 kilos de mujer y con unas piernas que parecen las de un coronel de caballería?

SCHORR. — Sí. Admito que la hermana de David Orens-tein no es de las que atraen por su belleza. Pero tiene otras virtudes. Por lo pronto pondría en orden tu casa.

ISAAC. — ¿Qué quieres decir? Mis hijas no serán una maravilla pero en esta casa puedo buscar mis pantuflas y encontrarlas siempre en el mismo lugar.

SCHORR. — Sería una buena madre para tus hijos.

ISAAC. — Me parece habértelo oído. ¿Te paga David Orenstein una comisión para que le saques ese clavo de encima?

SCHORR. — Bueno, bueno. Es mejor que volvamos a Job.

Porque contigo es imposible entenderse

ISAAC. — Sí. Mejor. Volvamos a Job. Y hablando de Job, Schorr ¿qué te parece cómo marchan las cosas en Europa?

SCHORR. — (*Extrañado.*) ¿Y eso que tiene que ver con Job?

ISAAC.— ¡Simbologías, Schorr, simbologías! Ese es tu gran defecto ¿ves? creer que las páginas de la biblia son sólo cosas del pasado. Si así fuera ¿entonces cómo se podría comprender el problema del bien y del mal, los designios secretos de la providencia y especialmente esa tremenda pregunta? . . .

SCHORR. — (*Ansioso.*) ¿Qué pregunta?

ISAAC. — La pregunta de porqué le cae el mal al justo.

SCHORR—Ahora veo adóndequieres ir a parar (*pausa.*)

Está bien. ¿Quién puede dudarle? Las cosas marchan muy mal en Europa. Tan mal que a veces hasta me he

puesto a pensar que en este caso la providencia quiere favorecer al injusto y castigar al justo. Sí, no me mires así. De otro modo ¿cómo puede comprenderse tanto dolor, miseria, destrucción, persecución, y el nazismo haciéndose dueño de casi toda Europa? ¿Y quién sabe, mañana, si no del mundo entero?

ISAAC. — Ahí está, hombre de poca fe. Admito que las cosas marchan mal en todo el mundo. ¿Pero quién conoce los secretos designios de la providencia? Acuérdate de lo que tuvo que sufrir Job para que Jehová finalmente le restituyera la salud, los bienes y los hijos.

SCHORR. — Sí. Pero eso está en la Biblia. Y vamos a no engañarnos, pero es una especie de fábula. Con los nazis no va a ser tan fácil. Y la providencia sola no va a poder hacer nada si antes los ingleses y los rusos no ganan alguna batalla, si los países invadidos no se sublevan. si no empiezan a caer bombas sobre la mis-

ma Alemania y si los americanos no envían mayor cantidad de suministros y de armamentos. Y nadie va a decir que soy un impio por decir todo esto.

ISAAC. — *(Después de una pausa.)* Te voy a confesar una cosa, Schorr. Yo también, viendo como marcha el mundo, me he puesto a dudar de la providencia. Dios me lo perdone, pero es así. Por eso es un alivio saber que a ti te pasa lo mismo. *(Quedan los dos en silencio.)*

SCIHARR. — Bueno, bueno. Mira lo que vinimos a descubrir. En fin... *(Tomando la Biblia.)* Así que insistes

que hay influencia griega en un texto tan... tan esencialmente judío?

ISAAC. — Sí. Y lo sostendría (leíanle de una asamblea de rabinos.

SCIHARR. — ¿Ah sí? Pues yo sostengo que no. Escucha esto: *(leyendo.)* "La potencia y el terror le pertenecen — hace la paz en sus altos lugares — quién contra él puede lanzar sus legiones? — ¿sobre quién su luz

no se levanta? — ¿cómo, entonces, será el hombre justo ante Dios?"
(*Se oscurece la escena.*) NARRADORA. — . . . punto más, punto menos, así eran las reuniones de papá con Schorr. . . una mezcla de discusión bíblica, comentarios de actualidad, intercambio de las obras completas de Scholem Alejem, que habían ocupado tanto sitio como el violoncello cuando nuestro viaje al Uruguay. . . consejos de Schorr a papá de cómo aumentar las ventas del almacén y de papá a Schorr de cómo aumentar el círculo de clientes necesitados de zurcidos y cosidos. El dúo hubiera sido perfecto de tocar Schorr algún instrumento de música, pero, por esas cosas raras. Schorr, un judío que se

respetaba, era tan duro de oído que ni siquiera tocaba la ocarina. Es verdad que en casi todo estaban en desacuerdo... en casi todo menos en la apreciación de la conducta del tío Peter. Y aquí aparece uno de los principales personajes de esta historia. Gracias al tío Peter habíamos venido a Montevideo y tuvimos la primera ayuda para abrir el almacén, a pesar de que ese ramo no era el preferido del tío Peter ni tampoco el de nuestra colectivizarlo. El tío Peter, hermano de

mamá, había vivido en Berlín \ muy oportunamente había sabido escapar cuando las cosas empezaron a ponerse feas. Por eso el tío Peter pasaba por cosmopolita y nos llevaba cinco años de ventaja en el país. . . cinco años que habían dejado una huella profunda en el carácter y costumbres del tío Peter, un judío muy "sensible" a la adaptación, pero ejemplo de los que dicen que el judío no tiene interés en adaptarse a sus nuevos países. (*Se ilumina el escenario. En escena. Isaac y el tío Peter, vestido a la moda rioplatense de los primeros años de la década del 40; atildado, engo-*

minado, pero, paradójicamente, típicamente judío en su aspecto físico.)

PETER. — . . .te repito, Isaac, que es un error que envíes a Dany a aprender religión con el rabino. ¿De qué le sirve aprender religión judía en un país que no se interesa ni por la religión propia?

ISAAC. — Mira, Peter. Esto ya lo hemos discutido muchas veces. A Dany no le viene mal saber la religión de sus antepasados. . . sobre todo cuando sus clases quedaron interrumpidas. Tú bien sabes que cuando estaba por tomar la confirmación tuvimos que venirnos.

PETER. — ¡ Pero si la tomó aquí! Yo le regalé un reloj pulsera ¿te acuerdas?

ISAAC. — Sí. Pero no es lo mismo. Hasta ahora no he tenido tiempo de preocuparme por su educación religiosa. Y en eso quiero salvar mi responsabilidad. Mañana él elegirá ser muy religioso, poco religioso o nada religioso. . . pero al menos tendrá una base para decidirse.

PETER.— *(Perdiendo la paciencia.)* Oh... yo siempre supe que mi hermana se había casado con un judío impermeable. Pero nunca me imaginé que lo fuera tanto. Mira, Isaac. Yo creo que tu negocio no prospera por tu falta de adaptación. La gente te debe

confundir con un habitante de otro planeta. Y por eso compran en otro lado, aunque les quede más lejos.

ISAAC. — Eso no es verdad. Yo tengo mi propia clientela. Cobro más barato que "La primera del Ferrol" y despacho el kilo exacto.

PETER. — Ahí está. Cobras más barato y despachas el kilo exacto. Así no vas a prosperar.

ISAAC. — Bueno, ¿en qué quedamos? ¿No prospero porque soy un judío "impermeable" o por que no soy ladrón?

PETER. — Bueno, bueno. Nos estamos saliendo del tema.

Te repito: haces mal en hacerle perder el tiempo con el rabino. Así Dany no va a adquirir los hábitos del país y le será más difícil entrar en el mundo de los negocios.

ISAAC. — ¿Y por qué tiene que dedicarse a los negocios? ¿Acaso no hay otras actividades para un judío? ¿Por qué no puede llegar a ser un médico, un ingeniero, un contador público o hasta un chacarero? ¿Por qué?

PETER. — Otra vez nos estamos saliendo del tema. Isaac, Isaac. Bajá a la realidad. Estuve revisando los libros del almacén. Hay un agujero de 353 pesos. ¿Con qué los vas a rellenar? ¿Con la biblia? ¿Con las clases de religión del rabino? No, señor. Con la platita del tío Peter. Seguí mi consejo, Isaac. Yo sé lo que te conviene porque tengo mi propia experiencia. Acordate. Con el primer vidrio roto de mi comercio, allá en Berlín no había llegado la piedra al suelo y ya

tenía el pasaporte y el pasaje para América. Y al año de pisar esta tierra de Artigas ya salían de mi taller los primeros calzoncillos y las primeras camisetas... y a los dos años toda la línea de soutiens y bombachas. . . ¡Y hoy ya estoy colocando artículos de nailon en London París! Y cuando me llegó la hora de decir: "Peter, ya has andado solo demasiado tiempo, búscate una buena compañera"... ya ves, hasta me casé con una uruguaya hija de vascos, porque mi lema era "país nuevo - costumbres nuevas - sangre nueva - todo nuevo".

ISAAC. — Oh, perdona que no te preguntara por Encarnación. ¿Está bien, no?

PETER. — (*Fruncido.*) Bien. Bien.

ISAAC. — ¿Y esa voz, por qué? ¿Pasa algo?

PETER. — ¿Qué es lo que tiene que pasar? Bueno, vos ya sabés que mi matrimonio con Encarnación no es exactamente el paraíso terrenal.

ISAAC. — Oh, no me sorprende nada. Porque yo soy de los que siguen creyendo que el matrimonio de un judío con una cristiana, o al revés, es muy difícil que pueda marchar. Tenemos tradiciones y costumbres tan distintas y además

PETER. — *(Cortándolo.)* No digas macanas. "Tradiciones distintas"... en lo que tienen que ser distintos es que el hombre sea hombre y la mujer, mujer. Lo demás es secundario.

ISAAC. — Tú sabes que lo demás no es secundario. Lo demás es lo más importante de todo. ¿Qué van a ser tus hijos? ¿Judíos? ¿Cristianos?

PETER. — Ni judíos ni cristianos *(Pausa.)* ¿Ves? Ése es el inconveniente de casarse con una mujer que ya no está en la primera juventud. *(Con intención.)* Sea de la raza que sea. Bueno. Pero lo que te venía diciendo. Hay que adaptarse o resignarse a vegetar. Mírame a mí. ¿Quién diría que soy judío, verdad? Oh, no vayjs a creer que reniego de mi raza. Ah, eso sí que no. Pero otra cosa es exagerar... como vos... con ese violoncello. . . y obligando a tus pobres hijos que se pasen el día rascando el violín. En este país, Isaac, muy poca gente se ocupa de música seria. Acá a la gente le gusta. . . *(Prende la radio y se escuchan los acordes de un tango.)* ¿Ves? Esto es lo que les gusta. D'Arienzo. Fiorentino. Di Sarli. ¡Rut! ¡Eva!

RUT. — Sí, tío Peter.

PETER. — Rut, ¿sabes bailar el tango?

RUT. — No, tío Peter.

PETER. — *(A Eva.)* ¿Y vos?

EVA. — Tampoco, tío Peter.

PETER. — ¿Todavía no fueron a ningún baile?

RUT. — Sí. A uno de la colectividad.

PETER. — ¡Ese no es un verdadero baile! Esa es una

agencia matrimonial para judíos. (*A Dany.*) Y vos...
¿sabes bailar el tango?

DANY. — (*Mintiendo.*) No.

PETER. — Rueño. Hay que aprenderlo. ¿Estamos? Eso te va a ser más útil que las clases con el rabino. Hay que empezar a "adaptarse", che. ¿Dónde los tuviste metidos a estos muchachos, Isaac?
f Peter hace amigos de bailar con Rut. Isaac apaga la radio.)

ISAAC. — No. Peter. Lo de hoy es demasiado. Soy muy dueño de tocar el violoncello. y de formar un trío con mis propios hijos... y de preferir música seria... y de enseñarles la religión de mis mayores.

No es renegando a todo eso que van a ser mejores uruguayos. Porque, al final. Peter, ¿qué entiendes tú por adaptación? ¿Te crees que ya estás adaptado porque dices "che" y "vos" y porque sabes bailar el tango v otras tonterías por el estilo? Qué concepto más pobre te merece el país, entonces. Y mira... va que estamos hablando de esto te lo voy a decir de una vez. . . pero en este momento tú ya dejaste de ser judío v como uruguayo no engañas a nadie.

PETER. — (*Tocado.*) Está bien, Isaac. Perdóname. Me pasé de la raya. Me lo merezco.

ISAAC. — No. No. No me pidas disculpas. ¿Cómo pude decirte estas cosas? ¿A quién le debemos todo lo que...

PETER. — Ustedes son los míos. Sangre de mi sangre.

ISAAC. — (*Rompiendo la tensión.*) Bueno, mira Peter... volviendo a los libros del almacén. Creo que el agujero del que hablabas es mucho más chico. En realidad, es un pedido que pagué por adelantado y que todavía no llegó.

PETER. — (*Saliendo con Isaac hacia el almacén.*) ...só-

-

lo a ti se te ocurre papar por adelantado. Isaac. Ya te dije que así no vas a prosperar nunca.

RUT. — *(A Dany.)* ¿De verdad sabes bailar el tango?

DANY. — Bueno. Un poco. Me lo estuvo enseñando Bartolo. Pero no quise decir nada delante de papá.

RUT. — Anda, Dany. Enseñanos el tango.

DANY. — ¿Están locas? Papá me mata.

EVA. — No seas malo. Dany. Además papá no te mata nada.

DANY. — Es que... dos muchachas a la edad de ustedé-tes no tienen por qué aprender el tango. Eso es para mayores.

RUT. — Dany. . .

DANY. — ¿Qué querés. ahora?

RUT. — ¿Y si le digo a papá que robaste como un real de caramelos del almacén para regalárselos a la hija de la maestra. . . esa que va a misa todos los domingos . . . ?

DANY. — No te animarías.

RUT. — ¿Qué no?

DANY. — No.

RUT. — *(Haciendo ademán de untar.)* Pa..

DANY. — *(Tapándole la hora.)* Está bien. Ganaron. *(Eva prende la radio.)* . . . bien bajito que no la vaya a oír. Eva. vicha para el lado del almacén. *(Eva se queda mirando.)* Bueno... primero pone este pie delante. . . *(Bailan.)*

(Se apaga la luz del escenario. Eva se adelanta y continúa su narración, iluminada por un foco.) NARRADORA. — Así vivíamos durante los años de la guerra. Y si el mundo de papá no cambió mucho durante ese tiempo, el nuestro iba cambiando día a día. Dany adelantando en sus estudios, Rut y yo concurriendo al liceo sin demasiado entusiasmo, encargándonos de las tareas de la casa con mucho menos entu-

siasmo... y ocultándole a papá nuestras primeras salidas con muchachos del liceo o de los bailes de la colectividad. El almacén subsistiendo, a los tumbos, a veces gracias a los generosos empréstitos del providencial y "asimilado" tío Peter. Sí. Éramos bastante pobres. No estábamos en nuestro propio país, no teníamos ya una madre que se ocupara de nosotros, pero podíamos considerarnos los más felices durante aquellos años en que tantos millones de hombres, mujeres y hasta niños de nuestra propia raza sufrían horrores indecibles. Y fue un día, uno de tantos, próxima la guerra a su fin, que... *(Se ilumina el escenario, sector del almacén.)*
ISAAC. — *(Poniendo la mercadería en el canasto de Bartolo.)* ...y una lata de aceite. Bueno, Bartolo. Esto

se lo llevas a la profesora que vive encima del garaje.

BARTOLO. ¿Se lo cobro?

ISAAC. No. Se lo das gratis. Bueno. Movete.

BARTOLO. *(Cargando la canasta con dificultad.)* ¡A la carga reformers! Diga, Don Isaac. A ver cuando me compra el triciclo, como el que le compró el dueño de "La Primera del Ferrol" a mi colega. Hay que sudar hacerse cinco cuerdas con este cargamento. Con un triciclo ¿se imagina?... usted se haría una publicidad fenomenal y yo... ¿qué manera de levantar guris!

ISAAC. Ya tendrás el triciclo.

BARTOLO. —¿Para cuándo? Pa'cuando suba Herrera?

ISAAC. *(Divertido.)* Y... si no te gusta caminar puedes ir buscándote otro trabajo. Un almacenero mayorista, por ejemplo. Con camión y todo.

BARTOLO. ¿Y ahora me voy a ir. ahora que hace cuatro años que estoy con usted? ¡Ahora me tengo

que aguantar hasta que usted se digna darme unas acciones en el negocio!

ISAAC. — Bueno. Anda de una vez y habla menos. No creo que el gallego de "La Primera del Ferrol" te diera tanta confianza.

BARTOLO. — *(Saliendo.)* "Vayan pelando ¡as chauchas, vayan pelando las chauchas..."
(Entra la parroquiana simpática de las primeras escenas.)

CUENTA SIMPÁTICA. — Buenos días, don Isaac.

ISAAC. — Buenos días, señora. ¿Qué se le ofrece?

CLIENTA SIMPÁTICA. — Calamares en lata.

ISAAC. — *(Revisando los estantes.)* ¿Calamares en lata? No tengo. Tengo sardinas en lata, mejillones en lata, pero calamares en lata, no.

CLIENTA SIMPÁTICA. — Ya le decía a mi marido que no iba a encontrar. Ah, don Isaac, le juro... desde que se jubiló me lo han cambiado a este hombre. Antes era una persona alegre, dicharachera, salidora, pronta de genio, eso sí. . . sangre italiana, usted sabe, pero feliz. Ahora se pasa el santo día con el pijama puesto, de mal humor, metiéndose en la cocina, vigi-lándome las cacerolas. Imagínese. Ahora se le ocurrió que le hiciera un arroz con calamares. . . ¿de dónde voy a sacarlos?

ISAAC. — Y. . . si su marido se jubiló no tendrá más remedio que acostumbrarse a no hacer nada.

CLIENTA SIMPÁTICA. — Es que tendrá que acostumbrarse verdaderamente! Recién tiene 55 años. Supóngase que viva hasta los ochenta. ¿Va a estar 25 años metiéndose en la cocina?

ISAAC. — Oh, quién sabe. A lo mejor se muere antes. *(Reaccionando.)* ¿Pero qué estoy diciendo? ¿Lleva alguna otra cosita? *(La escena continúa, muda. Isaac atiende a la clienta simpática. Luego viene otra clienta y repite la pantomima de pesar, envolver, cobrar, etc. vuelve Bartolo.)*

BARTOLO. — Mire lo que le traigo, don Isaac. El cartero me la dejó en la calle pa'no hacerse la caminata. ¿Me regala los sellos?

ISAAC.— *(Mirando la caria.)* Sí, claro. Son de Inglaterra.

Atendé tú, Bartolo.

(Bartolo atiende el mostrador. Se repite la misma escena muda. Entra Isaac a la trastienda. Se ilumina este sector del escenario. Isaac se sienta: lee. A medida que lee va dando signos de angustia.)

RUT. — Papá... papá ¿qué te pasa?

ISAAC. — Avisa a Dany y a Eva. Avisa al tío Peter... y

a Schorr. En seguida.

RUT. — Pero papá. . . ¿qué es? *(Isaac le entrega la carta sin decir palabra. Rut lee.)*

RUT. — Oh, papá. No... no puede ser verdad. *(Se apaga la luz del escenario.) (Se ilumina nuevamente. En escena: Isaac, Schorr, Tío Peter, Dany, Rut, Eva y Encarnación.)*

ISAAC. — . . .lo que no puedo perdonarme, lo que jamás podré perdonarme, es el no haberlos traído.

PETER. — Isaac, Isaac. ¿Qué estás diciendo? ¿Cómo los hubieras podido traer? Apenas si se escaparon ustedes.

ISAAC. — No. No. La culpa fue mía.

PETER.— ...pero si vos mismo dijiste que les habías pedido que hicieran los trámites para venirse con ustedes.

ISAAC. — Eran demasiado viejos para saber lo que hacían. Debería haber actuado por mi cuenta. Pero no. Fui un egoísta. Me dejé convencer muy fácilmente con la historia de que eran demasiado viejos para cambiar de país y que querían morir entre sus cosas. Dios mío. Si hubieran sabido adonde tendrían que morir, adonde.. .

PETER. — Isaac. Ni vos ni nadie pudo adivinar que las

cosas llegarían. . . hasta donde han llegado. Todo esto de. . . hornos crematorios, cámaras de gas, matanzas en masa, es para no creer. . .

SCHORR. — Es verdad. Cuando empezaron las persecuciones todos pensamos que lo peor que podía suceder,

allá en Europa, era terminar en un campo de concentración. Pero que se propusieran aniquilar a todos, eso... (*Quedan todos en silencio.*) ...No hay día que no me pregunte qué será de las familias de mis dos hermanos y mis tres hermanas que viven... o vivían, en Besarabia. No tengo noticias desde la invasión a Rusia. Quién sabe las cosas de que tendré que enterarme cuando todo termine.

IASAC. — (*Sin, escuchar.*) . . . debería haberlos traído. ¿Cómo Dude dejarlos? Ellos me engendraron, me die-

ron la vida. . . y yo los dejé abandonados. PETER. — Tu primer deber era escaparte con tus hijos.

Y en eso no tenes nada que reprocharte. Te portaste como un buen padre judío.

ENCARNACIÓN. — ¿Por qué como un buen padre judío? Dirás que como un buen padre. Un buen padre, judío o no judío, hubiera hecho lo mismo. (*Pausa.*) ¿Alguno de ustedes quiere comer alguna cosita?

PETER. — (*Con tono de reproche.*) Encarnación... no es el momento oportuno.

ENCARNACIÓN. — ¿Y cuándo es el momento oportuno? Igual hay que comer, ¿no? Los muchachos son jóvenes. No pueden pasarse la noche entre lamentaciones y reproches con el estómago vacío. (*A los tres hermanos.*) ¿Ustedes tienen hambre, verdad? (*Rut, Eva y Dany se miran sin atreverse a decir nada.*) Ya lo están diciendo con los ojos. Acá está faltando una madre. Pero por suerte está la tía Encarnación que no va a

permitir que sus sobrinos pasen una noche en ayunas.

Y ya se sabe, ¿no?, aunque la gente muera, igual

hay que seguir viviendo. Rut, Eva, ¿quieren darme una manito? EVA y RUT.—Sí, tía. (*Salen con Encarnación.*) PETER. Tienen que perdonarla. Es su modo de ayudar. Un poco brusca. . . pero en el fondo buena. (*Pausa.*) Isaac. Tienes que reaccionar. Mira, soy tu cuñado, soy tu familiar más cercano después de tus hijos ¿y qué puedo decirte? Sí. Ante estas cosas me dan ganas de gritar por las calles: "Miren, soy judío... en qué nos

diferenciamos de ustedes, hijos de puta, para que cometan con nosotros tantas injusticias y canalladas." Pero es inútil, Isaac. Hay que vivir. Vivir es lo primero. Y nosotros somos los afortunados que supimos ver a tiempo. Y nuestra previsión nos salvó la vida. Mira, Isaac, perdóname lo que te voy a decir porque es medio brutal... pero cuando oigan de gente de nuestra raza asesinadas en Europa... debes llorar por ellos, claro, pero debes también alegrarte y dar gracias a Dios de estar vivo, vos y tus hijos, vos y la sangre de tu sangre.

SCHORR. — Es verdad. Isaac. Porque a través de tus hijos continuarás la estirpe de Abraham y David donde quiera que sea.

PETER. — (*Ligeramente confuso ante el sentido bíblico de la intervención de Schorr.*) Eso. Eso mismo... lo que te quería decir... la estirpe de Abraham...

ENCARNACIÓN. — (*De regreso, después de oír la última parte de la conversación.*) "La estirpe de Abraham". Bueno estás con eso de la estirpe de Abraham. Y que te lo tenga que oír a vos, Peter, que en casa te reís de todas esas cosas. . .

PETER. — Mira, Encarnación, haceme el favor de callarte. Vos no entendés, así que no te metas.

ENCARNACIÓN. — Sí. Seré una ignorante, no lo niego. Reconozco que no sé nada de la estirpe de Abraham.

Pero sé que a Isaac hoy no se le puede consolar con la ayuda de la biblia ni con la ayuda de nada. Ni siquiera hay que tratar de consolarlo. Hay que dejar que se desahogue, que se lamente, que maldiga, que llore, sí, que llore todo lo que quiera. Porque no hay lágrimas que alcancen para llorar algo tan triste. *(Todos quedan en silencio.)* .. y ahora, ¿hay alguien que quiera un tecito?

(Se oscurece la escena, excepto un foco que ilumina a Isaac. Éste parece sollozar, sentado sobre una silla. Su figura es patética y desolada. Luego se levanta con lentitud y se dirige hacia su violoncello. Comienza a interpretar una música profunda y triste, como un lamento.)

TELÓN

ACTO II

NARRADORA. — ¿Dónde nos encontrábamos? Ah. sí. Ya recuerdo. Final de acto con papá sollozando sobre el violoncello. Sí. Fue tremendo. Y aquello no fue lo único. Poco después nos enterábamos que unos primos hermanos de mamá y del tío Peter, estudiantes de Varsovia, habían muerto cuando el alzamiento de ghetto. Y en cuanto al pobre Schorr, tal como lo temía, no volvió a tener noticias de sus hermanos y hermanas de Besarabia. Y a la guerra caliente siguió la guerra fría. Pero no. No se asusten, que no voy a contarles una historia demasiado reciente porque supongo que ustedes no la deben haber olvidado. Con respecto a nuestra pequeña historia familiar... bueno, papá terminó casándose de nuevo. Muy comprensible, ¿verdad? No con la hermana de David Orenstein. Pero, por supuesto, con alguien de nuestra colectividad, viuda del dueño de una casa de importación-exportación que al morir le dejó una apreciable herencia como para que probara de nuevo las delicias de la vida conyugal. Sí. La familia había crecido.. . *(En el escenario se ilumina un foco que se proyecta sobre el trío —Isaac, Dany y Rut— en ademán de interpretar. Queda especialmente iluminada una flauta fuera de su estuche, sobre una silla.)* . . .pero el terceto no se había convertido en cuarteto... a pesar de que papá había comprado una flauta y hasta había contratado un profesor de música para mamá Doba, como llamábamos a nuestra madrastra.

DOBA. — ¡Otra vez perdiendo el tiempo y haciéndoselo perder a estos! Isaac... ¿quieres venir un momento?

Está el comisionista... atendolo tú porque yo tengo que pasar por el banco... (Se oscurece la escena.)

NARRADORA. — Sí. Evidentemente mamá Doba no se iba por las ramas. De más está decir que al poco tiempo tenía a papá metido en un puño. No le costó mucho. A papá no le interesaba el afán de dominio o de dinero. Lo único que pretendía era ganarse honradamente el sustento y que lo dejaran en paz con su música, sus discusiones y estudios bíblicos. . . por eso, lógicamente, mamá Doba se convirtió en "el hombre fuerte de la casa" y tomó a su cargo la responsabilidad del almacén ... y así, mucho más rápido de lo que se hubiera podido esperar, convirtió a papá de almacenero minorista en almacenero mayorista. Era un progreso, claro, y las consecuencias pronto se hicieron notar... Dany estudiaba... como en casa ya no se pasaban mayores necesidades, podía dedicar todo el tiempo a sus estudios ... (Se ilumina el escenario y aparecen Dany y Bernardo, jugando al ping-pong.) . . .Bueno, no siempre estudiaba. El otro es Bernardo. Sí, por supuesto, también de nuestra colectividad. (Se ilumina otro sector del escenario donde aparece Myrna con unos libros en la mano.) .. Y ésta es Myrna, la única hija del primer matrimonio de mamá Doba; ¿bonita, verdad? (Se ilumina todo el escenario.)

MYRNA. — Hasta luego.

DANY. — Hasta luego. No tardes.

MYRNA. — ¿Y quién sos vos para darme órdenes?

DANY. — Tu hermano mayor. Bueno, en realidad no soy tu hermano mayor. Ni tu hermano menor. Y me alegro de no serlo.

MYRNA.—¿Se puede saber por qué? ¿Soy tan mala hermana?

DANY. — Ya tengo dos hermanas. Me parece que son suficientes.

(Vuelve al ping-pong mientras Myrna sale enfurruñada.)

NARRADORA. — ¿Qué les parece? Bastante clara la situación ¿verdad? Sobre todo para Dany... Una hermana que no es hermana... bonita, graciosa, que de

repente se instala en medio de nuestra intimidad ¿podemos culpar a Dany si no puede experimentar por Myrna los mismos sentimientos fraternales que sentía por Rut o por mí? Bueno. Y aquí una escena típica de aquellos años. . . *(Con intención.)* . . . de la "guerra fría". *(Queda todo el escenario iluminado. Conversan animadamente el tío Peter con Boba. Bernardo y Dany estudian en otro extremo. Isaac toca el violoncello. Rut se arregla las uñas.)* PETER. — . . te lo digo muy seriamente. Doba. Es el gran negocio. No tenes siquiera que vender la llave del almacén. Con una parte no muy grande de tu capital nos asociamos y ponemos una fábrica de sacos de gamuza y camperas de cuero. Y te aseguro, Doba, que en pocos años nos hacemos ricos. Fijate. . . turistas y tripulaciones de barcos saben que el cuero es la materia prima nacional por excelencia. Y luego, con bastante mercadería abrimos un local cerca del puerto,

un local sencillo, sin nada de lujo. . . y vas a ver. *¿Qué* te parece la idea, Isaac?

ISAAC. — Yo no sé nada de campera* de cuero ni de sacos de gamuza. Nunca me especialicé en ropa.

DOBA. — Déjalo. Peter. Nada lo entusiasma. Yo todavía me pregunto por qué se dedicó al comercio.

ISAAC. — Porque no pude dedicarme a otra cosa. En Polonia mis padres fueron demasiado pobres para pagarme una carrera.

DOBA. — Sí, sí. A cada rato lo estás repitiendo... y también que fue una lástima que no nacieras con el ta-

lento de Pablo Casáis... aunque estoy segura que debes practicar mucho más que él.
(Siguen hablando Peter y Doba. Isaac continúa con el violoncello.) BERNARDO. — Para. Para. A esta altura ya no entiendo una palabra. DANY. — ¿Te distrae la serenata del viejo?
 BERNARDO. — Al contrario. Es un telón de fondo muy apropiado. No. Lo que pasa es que estoy reventado. DANY. — ¿Jugamos otro partido?
 BERNARDO. — No. Me voy. No te olvides que soy practicante de mutualista y que me levanto temprano.
 DANY. — *(A Rut.)* ¿No vino Myrna?
 RUT.—Fue a darle una clase al hijo de Dobrosky que da examen la semana que viene. Al pobre no le entra el inglés ni con taladro.
 DANY. — No me dijo nada.
 RUT. — No sé por qué tenía que decirte nada.
 BERNARDO.— Y. Rut... ¿venís al baile del sábado?
 RUT. — Me parece que no.
 DANY. — "Me parece que no". Como si no supiera adonde va el sábado. Esta... ¿sabés?... anda con el patrón de la oficina donde trabaja, imagínate. Se llama González Beretervide. No descende de Abraham ni de Jacob. RUT. — . . .pero desciente de \dán, que también está en la biblia.
 DANY. — Además, es casado. ¿A lo mejor Adán era casado antes de conocer a Eva. no?
 RUT. — ¡ Cuántas veces querés que te repita, tarado, que me dijo que empezó el trámite de divorcio!
 DANY. — Decir... se dicen muchas cosas.
 BERNARDO.— ¿Te casarías con alguien que no fuera judío, Rut?
 RUT. — Bernardo. Me extraña en vos. ¿En qué siglo vivís?

BERNARDO. — Tenes razón. Fue una pregunta idiota. DANY. — Lo que pasa es que estoy viendo venir el temporal. Aun admitiendo que el tipo se divorcie.

RUT —El tipo tiene nombre y va a ser tu cuñado.

DANY. — Bueno. . . admitiendo que el señor González Be-retervide se divorcie. . . que tu Gonzalito se divorcie. . . ya me veo venir una, que. . . bueno. . . por eso mismo, para evitar líos, creo que cuando piense en casarme voy a elegir una muchacha de la colectividad.

RUT.— ¡Qué vivo! ¡Como si ya no la hubieras elegido!

DANY. — ¿Qué sabes, vos?

RUT. — Vamos, vamos, "hermanito". Tengo ojos para ver. (*Vuelve a su quehaceres.*)

BERNARDO. — Che... ¿Se puede saber quién es?

DANY. — Nadie en particular. Esa loca desvaría. Estoy como para pensar en casarme con todo esto por delante. (*Señala un motón de libros sobre la mesa.*)

BERNARDO. — Bueno. Antes de irme, Dany, ¿puedo contar con tu firma para esa declaración que vamos a sacar en Facultad?

DANY.— ¡Otra vez! Mira, Bernardo. Eso ya lo hemos discutido muchas veces.

BERNARDO. — Y por más que lo hayamos discutido no alcanzo a comprender por qué. . .

DANY. — Por muchas causas. Pero creo que con la primera, basta. Porque éste no es mi país.

BERNARDO. — ¿Cómo que no es tu país?

DANY. — Muy sencillo. Yo no nací aquí.

BERNARDO. — No naciste aquí pero estás aprovechando todas las oportunidades que te brinda este país.

DANY. — ¿Y qué otra cosa puedo hacer? Aprovecho las oportunidades, sí, pero no por eso soy un ladrón. Lo que pasa es que. . . bueno, te lo tengo que decir de una vez. . . pero lo que pasa es que siento que todo esto no va a ser una etapa definitiva.

BERNARDO.— No te entiendo. ¿A qué te referís? DANY. —
A vivir en el Uruguay.

BERNARDO. — ¿Y dónde va a estar tu "etapa definitiva"? ¿En
Polonia?

DANY. — No. No quiero saber nada con Europa. Son seis millones
de los nuestros que dejaron allá los huesos.

BERNARDO. — ¿En los Estados Unidos?

DANY. — Tampoco.

BERNARDO. — ¿Dónde entonces? ¿Israel?

DANY. — ¿Y por qué no? ¿Acaso no es también nuestra patria? Oh,
pero para eso tengo todavía que correr una buena distancia.

BERNARDO. — Mejor. Lamentaría perder a mi gran rival de las
mesas de ping-pong. *(Se oscurece la escena.)*

NARRADORA. — Israel. La tierra prometida. La tierra disputada. La
tierra en litigio. Desde 1948, en que se había convertido en un
estado, miles, millones de hom-

bres y de mujeres de nuestra raza, habían comenzado
a soñar con aquel lejano hogar. Un hogar, sí; un hogar para el
pueblo judío que hablaba de su rico, intenso pasado; que hablaba
de sus patriarcas, de sus jueces, de sus reyes, de sus profetas. . .
de todas aquellas páginas de la Biblia que tan apasionadamente
comentaban papá y el señor Schorr. . . pero que también hablaba
de un dramático presente a disputar con otro pueblo que había
construido en aquella misma tierra un largo pasado, el solar
durante muchas generaciones, y que lo reclamaba como suyo. Y
justamente de ese lejano hogar, de esa tierra en litigio, nos
hablaba aquel día el primo Leo, un pariente de mamá Doba y de
Myrna.

LEO. — Sí. Cuando salí de Buenos Aires no estaba seguro. Pero esos
tres meses me decidieron. No sé lo que me pasó. . . pero sentí
que yo también debía estar allá.

DOBA. — Y tus padres ¿qué piensan?

LEO. — Todavía no han dicho la última palabra. Pero me parece que están decididos a vender todo y venirse conmigo.

DOBA. — Hacen bien. Tanta lucha en América ¿para qué? Para subsistir apenas, como me contaba tu padre.

PETER. — Sí. Cuando las cosas no marchan bien en un lado, lo mejor es probar suerte en otro.

ISAAC. — Yo creo que igual se irían.

PETER. — ¿Igual? ¿Qué querés decir?

ISAAC. — ...que aunque se hubieran enriquecido aquí, en América, igual se irían a Israel. ¿Me equivoco, Leo?

LEO. — Bueno. No me atrevo a asegurarle.

ISAAC. — Yo sí. Que les haya ido bien o mal es secundario. Se van porque quieren estar al lado tuyo. ¿Qué sentido tiene la vida, de otro modo? La patria está donde está la familia.

PETER. — Ah. no. no. Yo opino distinto. Claro, yo soy el más "materialista". Y además no tengo hijos.

RUT. — . . .Pero tenes sobrinos, tío Peter.

PETER. — Sí. A Dios gracias tengo sobrinos. Y aun queriéndolos mucho, yo creo que la patria está donde podes ganarte la vida. ¿Y usted qué opina, Schorr?

SCHORR. — Oh, qué importa mi opinión.

ISAAC. — ¿Cómo qué importa? En esta casa tu opinión pesa como si fueras de la familia. Me extraña que salgas con semejante cosa.

SCHORR. — Bueno... pero me parece que mi idea de patria no va a coincidir con la de ustedes.

ISAAC. — Ya sé lo que nos vas a decir. Que la patria de un judío está en las páginas de la biblia.

SCHORR. — ¿Y dónde si no? Durante siglos fue lo más importante que poseímos. Lo que nos mantuvo unidos. Por eso yo creo que la patria de un judío puede estar en cualquier país donde se puedan cumplir sus mandamientos y ser fiel a nuestros antepasados.

DANY. — En fin... en último caso yo creo que la patria está donde tenemos puestas las ilusiones... y las ilusiones del primo Leo están puestas en Israel. Por eso allá está su verdadera patria.

LEO. — Epa! Me parece que corres demasiado aprisa. Eso no es tan fácil decirlo. Mira que a mí la Argentina. . .

MYRNA. — (*Corlando.*) ¿Dónde pensás radicarte, Leo? ¿En Tel Aviv? ¿En Jerusalén?

LEO. — En ninguna ciudad. Esta vez le digo adiós al asfalto y al comercio. Voy a ir a trabajar a un kibutz.

DOBA.— . . .pero me parece que tú no sabes nada de agricultura, ¿no? Ustedes nunca vivieron en el campo.

DANY. — Pero mamá Doba, ¿qué estás diciendo? ¿No te enteraste todavía que en los kibutz están trabajando médicos, abogados, artistas, gente que no había visto un tractor en toda la vida, y que llegan de todas partes del mundo? ¿No es así, Leo?

LEO. — Es así.

SCHORR. — (*En un súbito arranque de entusiasmo.*) ¡La tierra de Canaán! ¿Te das cuenta, Isaac? ¡La nueva tierra de Canaán!

ISAAC. — (*Compartiendo su entusiasmo.*) "¿Quiénes son aquellos que vuelan como una nube y como palomas a sus palomares — ciertamente, congregate los barcos — con las naves de Tarsis a la cabeza — para traer a tus hijos de lejos?" ¿Te acuerdas del profeta

Isaías, Schorr? SCHORR.— ...¿cómo no lo voy a recordar! "Para el nombre de Yahvé, tu dios — para el dios de Israel". . . Oh, sí, claro que sí. Todo esto hay que agradecerse a Dios. ISAAC. — Es verdad. Él nunca ha dejado de velar sobre nuestro pueblo. BERNARDO. — Vamos, don Isaac. ¿Qué quiere decir con eso de que "él nunca ha dejado de velar sobre nuestro

pueblo". Yo he estudiado algo de historia y le aseguro que nuestro pueblo puede contar muchos años malos y pocos años buenos. Piense nada más que en la última guerra, en los años del nazismo... y aun esto . de ahora... porque el problema de Israel vamos a **ver** cómo se resuelve. Lo que le puedo vaticinar, sin dármele de adivino, es que van a venir años muy feos. Los árabes no se van a resignar tan fácil.

ISAAC. — Es que aun en sus desgracias. Bernardo. Dios vela sobre nuestro pueblo.

BERNARDO. — ¿Ve? Esa resignación no la puedo entender. Mi padre es igual. . . siempre encuentra una justificación divina para todas las catástrofes que han caído a montones sobre nuestras cabezas.

ISAAC. — Nadie conoce los secretos designios de Dios, muchacho. Acuérdate de lo que sufrió Job para que finalmente Dios le diera mucho más de lo que le había quitado.

SCHORR. — Eso, eso mismo. Job.

ISAAC. — Sí. Nuestros sufrimientos fueron grandes. No voy a ser yo el que los niegue. Pero quién sabe si todo eso no sirvió para que el pueblo judío consiguiera por fin su verdadera patria.

BERNARDÓ. — Puede ser. Como usted mismo dice, nadie sabe los secretos designios de Dios. Pero si fuera así, creo que fue a un precio demasiado caro. Habría que preguntárselo a los millones que pasaron por el horror de entrar en las cámaras de gas. O aun a los cientos de miles de refugiados árabes que tuvieron que emigrar como antes tuvo que emigrar nuestro propio pueblo... porque dígame con sinceridad, don Isaac, usted que es un hombre honesto, ¿no le parece espantoso y contradictorio que seamos casualmente nosotros quienes provoquemos la misma tragedia a un pueblo

que nada... (*Se interrumpe.*) ...perdone, don Isaac.

Tal vez estas cosas no. . . Hablé como si estuviera en mi propia casa.

ISAAC. — (*Afectivo.*) Y claro que estás en tu propia casa. No tienes por qué disculparte. Oh, muchacho, muchacho. Está bien. Ves las cosas a tu manera, pero no te olvides. . .

DOBA. — (*Interrumpiendo.*) Bueno. Bueno. Nos estamos olvidando del primo Leo... que todavía tiene una buena tanda de fotos para mostrarnos.

MYRNA. — Es verdad. Y ahora contanos de kibutz, Leo.

LEO. — (*Distraído con el giro <¡ue había tomado la conversación.>*) ¿Qué kibutz?

MYRNA.—¿Cómo qué kibutz? ¿Te olvidaste tan rápido? Ése donde vas a vivir.

LEO. — (*Distribuyendo fotos.*) Ah, sí. Es éste. Está a 30 kilómetros de Jerusalén. Se dedica exclusivamente a la agricultura y al mismo tiempo sirve de guarnición para vigilar la frontera que pasa a unos centenares de metros. . . miren este amigo mío. . . que fue compañero de banco en el colegio... con uniforme de combate y metralleta. . . (*Se oscurece la escena.*)

NARRADORA. — Israel. La tierra prometida. La tierra disputada. La tierra en litigio. Siempre Israel en el pensamiento de todos nosotros... bueno, al menos de algunos de nosotros... de Dany, especialmente... de papá, de Schorr. . . y las discusiones sobre si era más honesto irse. . . de si era más honesto quedarse. En fin, pero en lo que todos estábamos de acuerdo era en vivir las vicisitudes de aquel lejano país...

¡era el sueño de tantos de los nuestros! Por eso no era de extrañar que la insoportable tensión que soportaba aquel explosivo lugar del planeta se hiciera sentir hasta en nuestra casa, tan alejada del lugar de los sucesos. . . BERNARDO. — (*Discutiendo acaloradamente.*) ¡No me po-

final de la página 44

Bernardo : (discutiendo acaloradamente) ¡ "Me me podés convencer !
No me gusta lo que el estado de Isreal está haciendo en el
Cercano Oriente y tampoco me gustan sus aliados..

Uany.- ¿ Y como no queros que tengamos esa clase de alia-dos ?
¡ Pretendes que nos enfrentemos solos a todos los países arabes ?
Si, ya sé que sería mucho mejor que no tiviefamos esa clase
de"amigos" .. pero en este caso se trata de sostener nuestra
independencia.

Bernardo.- ¿"Nuestra independencia " ? ¡ Vaya !. No sabía que estuviera
amenazada la independencia de la República Oriental del
Uruguay.

Dany- Para mí es"nuestra indepencia ". Yo siento como si Israel fuera mi
propio país.

Bernardo,- Eso es cosa tuya. Pero colócate por un momento en
la parte contraria. Alguna razón deben do tene ¿ no ? Por algo
están allí instalados desde los tiempos de Mahoma. En realidad,
estaban allí desde antes, pero admitamos que es recien desde los
tiempo
pos de Mahoma que esos pueblos tienen conciencia de constituir
un verdadero pueblo., y eso se remonta al siglo VII de nuestra
era. Son unos cuantos años ¿ no ?

Dany- Sí. Tú todo lo ves muy friamente; como un capítulo
de historia separando otro capítulo de historia.
Hasta aquí Judaismo, hasta aquí islamismo.. Hasta
aquí feudalismo, hasta aquí monarquía. Todo muy sis
tematizado. Bueno., pero admitiendo cue eso que
dijiste fuera verdad., ya o por lo menos parte de
la verdad .. ; dónde dejas todo lo demás ?

(sigue el mismo texto)

des convencer! ¡Aliado.; de las grandes potencias colonialistas!
¿Qué más quieren los ingleses y los franceses? Ahora van a encontrar un buen pretexto para seguir explotando a los países árabes.

DANY. — ¿Y cómo no querés que estemos aliados de Francia y de Inglaterra? ¡Qué más remedio! Ya sé que sería mejor que no tuviéramos esta clase de "amigos", pero en este caso se trata de mantener nuestra independencia.

BERNARDO. — "Nuestra independencia". No sabía que estuviera amenazada la independencia de la República Oriental del Uruguay.

DANY. — Para mí sigue siendo "nuestra independencia". Yo siento como si Israel fuera mi propio país.

BERNARDO. — Está bien. Sobre eso, yo no tengo nada en contra. Pero primero vamos a ver las cosas claras. Bueno. Entonces pónete a pensar qué es Israel, hoy. . . y te vas a encontrar que es un invento de sionistas financiado por los millonarios yanquis, con la bendición de las Naciones Unidas dominadas por algunas potencias con la conciencia muy sucia y con un gran complejo de culpa, que lo encajan un día en medio de los países árabes. Colocate en la parte contraria

Alguna razón deben de tener, ¿no? Por algo están instalados allí desde los tiempos de Mahoma. Siglo VII, por si te falla la memoria. ¿Son unos cuantos años, no? DANY. — Vos lo ves todo muy fríamente. Y siempre pegando etiquetas. . . que los millonarios yanquis, que

los sionistas, que las Naciones Unidas. . . Bueno. Admitiendo que todo eso fuera verdad... o al menos parte de la verdad, ¿dónde dejás todo lo demás?

BERNARDO.— ¿Qué es todo lo demás?

DANY.—¡La voluntad de existir! ¡La voluntad ser un estado! ¡Las raíces históricas!... ¡Yo qué sé!...

BERNARDO - Bueno. Sí. Pero aun admitiendo todo eso... lo que quiero aclararte es que para mí la palabra judíos no tiene un carácter irracional, místico, profético, sublime... como para ti y casi todos los de la colectividad. Por eso mi cabeza no se me nubla hasta el extremo de pensar que esto de Suez sea una buena causa.

DANY. — Mira Bernardo. Tu cabeza puede funcionar muy bien. Pero en este mundo no todo se soluciona con la cabeza. Además, la palabra judío puede no significar nada para vos...

BERNARDO. — Yo no dije que no significara nada. Dije que para mí no tenía un carácter irracional, que justificase cualquier cosa.

DANY. — *(Interrumpiéndolo, sin oírlo.)* ...y no me extraña porque perdoname lo que te voy a decir, de todos los judíos que he encontrado, vos sos el más renegado. *(Pausa.)*

BERNARDO. — Está bien. Lo tenía que oír de vos. Mira, Dany. Por hoy, y me parece que para siempre, se me acabaron las ganas de discutir contigo. Nunca pensé que fueras tan fanático. . . y tan injusto. Y de paso buscate otro con quien estudiar.

EVA. — *(Apareciendo del mismo lugar desde donde desempeña su función de Narradora.)* Bernardo... No te vas a pelear por una discusión política ¿verdad?

BERNARDO.—Me llamó ""judío renegado", Eva. Eso es un insulto gratuito. Podré ver el problema de Israel de una manera distinta, pero como judío soy tan judío como él.

EVA. — Dany. Vos no podés pensar eso de Bernardo, ¿verdad? *(Dany no contesta y se pone a leer ostensiblemente.)* Dany... te estoy hablando. *(Dany sigue sin contestar. Da la espalda al escenario refugiándose entre los libros.)*

BERNARDO. — Ya ves. Chau, Eva. Saluda a tu familia. . .
y si podes, explicales.

*(Bernardo recoge algunos libros de la mesa donde
Dany permanece silencioso. Luego sale, abatido. Eva
se adelanta hacia el frente del escenario. Se apagan
las luces de los otros sectores del escenario.)*

NARRADORA. — ... hasta ese punto nos habían afectado aquellos
hechos. De cualquier manera, la crisis del canal de Suez y otras
menos graves se habían superado, al menos momentáneamente,
pero Bernardo no había vuelto a pisar nuestra casa. Y en casa la
vida continuaba sin grandes cambios. . . al menos en la
superficie.

*(Se ilumina el escenario. Luz completa. Toda la familia
alrededor de la mesa.)*

DANY. — .. y entonces quedamos, eh mamá Doba? el sábado ¡nos
vamos todos a Piriápolis! Este examen hay que celebrarlo.

MYRNA. — ;Y si lleváramos al señor Schorr?

DOBA. — ¿A Schorr? ¿Ustedes piensan que pueden hacerlo
cambiar? ¿Qué parte de la Biblia van a leer este sábado, Isaac?

ISAAC. — Este sábado no vamos a leer nada. Yo también voy.

DOBA. — ¿A dónde?

ISAAC. — A Piriápolis. ¡ Ah, se sorprenden! Bueno, si un padre no
se sacrifica por un hijo que ha dado un brillante examen...

DANY. — No tan brillante, papá. Apenas para pasar.

ISAAC. — Yo me conformo. Y ahora que veo que tengo grandes
posibilidades de tener un hijo médico... ¡yo

también me pongo en marcha! EVA.

— Y yo también. DANY. — ¿Y vos, Rut?

RUT. — Yo... no.

DANY. — Ya apareció la aguafiestas; ¿por qué no?

MYRNA. — ¿Por qué no, Rut? ¡Vas a ver cómo nos vamos a divertir! Podemos invitar también al tío Pe-ter y a la tía Encarnación, ¿verdad?

DAN Y. — ¡Seguro! El tío Peter tiene un cliente que es dueño de un hotel. A lo mejor hasta nos hace precio si caemos todos juntos. ¿No venís. Rut?

RUT. — No puedo. *(Pausa.)* Me caso mañana. *(Se callan, de golpe, todas las voces.)*

ISAAC. — ¿Qué fue lo que dijiste?

RUT. — Que me caso mañana.

ISAAC. — *(A Dany, Myrna y Eva.)* Déjenme solo con Rut. No, tú, Doba, no. Puedes y debes quedarte. *(Salen en silencio.)* ¿Y con quién te casas? Con algún cristiano, claro, para venir a decirlo un día antes...

RUT. — Perdóname, papá. Yo... no quería darte este disgusto. Yo sé lo que deseabas; que me casara con algún muchacho de la colectividad. Pero, ya ves. No pudo ser.

ISAAC. — Pero... me vas a decir que... de todos los muchachos de la colectividad que conociste durante todos estos años, no... Doba, ¿te das cuenta? Se

 casa con un goim.

DORA. — Ya lo sabía.

ISAAC. — ¿Lo sabías y no me dijiste nada?

DORA. — Bueno. .. por supuesto no sabía que se iba a casar mañana mismo. Pero sabía muy bien en qué cosa andaba. Ahora, venirte con cuentos conociéndote como te conozco, eso sí que no... tú no tendrás mucho carácter para los negocios, pero lo que es para estas cosas... *(Pausa. Isaac no contesta, abrumado)*

 .. en cuanto a ella le di algunos consejos, claro, pero sabía de antemano que no iban a servir para nada.

 En estos asuntos no hay consejos que valgan.

ISAAC. — ¿Quién es?

RUT. — Gourder. El dueño de la oficina.

ISAAC. — ¿Qué te dije, Doba, cuando empezó a trabajar en esa oficina? Que hubiera preferido que trabajara con uno de los nuestros. Ofrecimientos no le hubieran faltado. Ya ves las consecuencias. (*Otro silencio.*) ¿Pero no me dijiste que era casado?

RUT. — Se divorció.

DOBA. — Sí. A eso que llaman divorcio. Por Méjico.

ISAAC. — Entonces. . . ¿no se van a casar por la iglesia?

RUT. — No, claro. Ya era casado por la iglesia.

ISAAC. — Entonces... se podría convertir y casarse por nuestra religión.

RUT. — Vamos, papá. ¿Qué cosas se te están ocurriendo?

ISAAC. — Pero ¿no se lo pediste?

RUT. — Claro que no.

ISAAC. — A lo mejor acepta. Si verdaderamente te quiere, tiene que aceptar.

RUT. — Es inútil, papá. ¿No entendés? No está en nuestros planes casarnos ni en la sinagoga ni en la iglesia. No nos importa ni una ni otra. Lo que queremos es casarnos. Y por suerte vivimos en una época donde los que se quieren pueden casarse simplemente en un juzgado.

ISAAC. — ¡Pero a mí me importa! Rut. Escucha. Soy tu padre. Y por eso me debes obediencia. Y si no te gusta deberme obediencia, porque ahora los hijos ya no son como antes y los tiempos han cambiado... yo lo reconozco, ya ves, lo reconozco, y no quiero obligarte... hazlo por mí. Nada se pierde. Siempre existe una posibilidad. Ya ves. No pido otra cosa.

RUT. — Es inútil, papá. No le pediré nada. ¡Por qué no me dejarán en paz! Por algo lo dije un día antes. ¡Tendría que haberlo dicho un día después! ¿Qué se creen? Es un hombre hecho y derecho. Además... te lo repito, .. Nada nos importan esas cosas. Sólo

sabemos que nos queremos y que vamos a tratar de ser felices.

ISAAC. — Entonces si tú no se lo pides, se lo pediré yo. (*Tomando el sombrero.*) ¿Dónde vive?

RUT. — No te daré la dirección.

ISAAC. — Doba, traeme la guía telefónica.

RUT. — Te cansarías de buscar. No está registrado.

ISAAC. — Iré a la oficina.

RUT. — A esta hora está cerrada.

ISAAC. — Lo esperaré mañana de mañana.

RUT. — Mañana no va a la oficina. Mañana nos casamos.

ISAAC. — ¿Es tu última palabra?

RUT. — Sí, papá. Y perdóname.

ISAAC. — (*Volviendo a colocar el sombrero en la percha.*) Está bien. Esta noche dormirás aquí porque estás aún en la casa de tu padre. Pero desde mañana olvídate de ella. Olvídate de mí. Tú ya no tienes padre ni yo tengo hija.

DOBA. — Isaac. Isaac. ¿Es necesario que le digas todo esto?

ISAAC. — ¿Y qué quieres que le diga, Doba? ¿Que todavía le haga un regalo de casamiento?

RUT. — (*Sorpresivamente, con los ojos llenos de lágrimas, gritando.*) ¡Judío fanático!

DOBA. — Rut...

RUT. — Sí, judío fanático, judío fanático, judío fanático. No piensa más que en él. En su sinagoga, en su biblia, en su raza privilegiada. ¿No se te ocurre pensar que el que se casa con tu hija también eligió a alguien que no es de su misma raza? ¿Que también a su familia puede parecerle horrible que cambie de religión como quien cambia de camisa? Pero no. Sólo piensas en ti y en tus creencias y en tus fanatismos. ¿Sabes lo que muchas veces me puse a pensar? Que los prejuicios y el odio que por los siglos estamos sufriendo lo debemos haber cosechado por culpa de

gente como tú, incapaz de querer nada que no sea lo tuyo, cerrado por fuera y por dentro como una pared.

EVA.— (*Interviniendo.*) Rut... cálmate. No digas cosa3 de las que te vas a arrepentir dentro de un momento. Vení, entra.

RUT. — (*Llorando.*) No. Déjame que se lo diga de una vez, Eva. Lo tenía adentro desde hace mucho tiempo. (*A Isaac.*) Y no te preocupes. No voy a aceptar tu hospitalidad. No voy a poner a un judío tan estricto en la violencia de compartir su techo con la hija renegada.

EVA. — Rut... ¿a dónde piensas ir? (*Salen las dos; llorando.*)

DOBA.— No la dejes ir.

ISAAC. — Es ella la que se va.

DOBA. — Después de lo que le dijiste... todos esos disparates que ella no es tu hija y que ésta no es su casa.

ISAAC. — ¿Y puede ser su casa después de lo que nos hizo? ¿Te das cuenta que se casa mañana y ni siquiera conozco a mi futuro yerno, ni a sus padres, ni a su familia? ¿Te parece que eso está bien?

DOBA. — Son otros tiempos. Isaac. Y otras costumbres. Y ésta no es la aldea donde te casaste con tu primera esposa.

ISAAC. — Ah, ya lo creo que son otros tiempos. En aquella época a ningún muchacho... y menos a ninguna muchacha se le hubiera pasado por la cabeza algo parecido. ¿Y ese divorcio por Méjico, es legal?

DOBA. — Más o menos. En cuestión de dinero, no. Creo que ninguno de los esposos puede heredar al otro, al menos que haga testamento a su favor. (*Sale Rut con una pequeña valija.*)

RUT. — Papá. (*Isaac hace el que no la oye.*)

ISAAC. — Eva, ¿vas a salir?

EVA. — Sí. Voy a acompañar a Rut.

ISAAC.— No tardes.

DANY. — Papá... Myrna y yo... ¿podemos acompañarlas?

ISAAC. — No. Tú y Myrna se quedan. No es necesario que vaya toda la familia. ¿Por qué no le tocan una marcha triunfal? ¿Qué les parece?

RUT. — Gracial igual, Dany. Gracias, Myrna. . . Mamá Doba. . . querida mamá Doba. *(La abraza, sollozando.) Perdónenme. (Salen rápidamente Rut y Eva. Sobreviene un largo silencio.)*

MYRNA. — Papá Isaac. . . ¿podemos ir al casamiento, mañana?

DOBA. — No digas tonterías. Anda. Saca las cosas de la mesa y quédate bien callada.

DANY. — Bueno. Me parece que la excursión a Piriápo-

lis se nos fue al tacho.

ISAAC. — *(Reaccionando.)* ¿Por qué? Tú diste tu examen y salvaste, ¿no? Vamos a ir igual. *(Pausa.)* Dany. Me gustaría hacer un poco de música. ¿Me acompañas?

DANY. — ¿Ahora mismo?

ISAAC. — Sí. Ahora mismo.

DANY. — ... pero falta Rut para. . . *(Se calla.)* Además. . .

ISAAC. — No importa. Lo difícil es empezar. El ánimo viene después,

(Dany toma el violín de mala gana. Isaac, el violon-cello. Comienza a elegir distintas piezas de música. Ninguna parece convenirle. Ve la viola de Rut especialmente iluminada.)

ISAAC. — Yo tampoco tengo ánimo.

(Dany guarda lentamente su violín, mientras Isaac se queda pensativo, apoyado sobre el violoncello, mirando con tristeza la viola abandonada.)

T E L Ó N

ACTO III

NARRADORA. — La época que siguió al casamiento de Rut fue tal vez la más intensa y matizada de nuestra historia familiar. Pero Rut no había vuelto a ver a papá. Y papá tampoco había vuelto a ver a Rut y ni siquiera conocía a su yerno. Rut era orgullosa. Papá se sentía herido. Como en casi todos los casos, los dos tenían sus razones. Dany, ya recibido, meditaba grandes planes. Su atracción por Myrna había terminado por vencer su pudor fraternal y el hecho

de que se querían, no propiamente como hermanos, había llegado a los oídos de papá que, como siempre, era el último que se enteraba de todas estas cosas. ...Ese día papá estaba más concentrado que nunca con su violoncello, como si quisiera sacarle los tonos más profundos y patéticos.

(Se ilumina una parte del escenario donde Isaac se encuentra interpretando el violoncello.) ...Por experiencia sabíamos que cuando tocaba de esa manera, algo serio pasaba dentro suyo. Y aquella noche, realmente, tenía razón para sentirse tan patético y profundo como su violoncello. *(Se ilumina todo el escenario.)* DOBA. — Isaac, ¿puedes parar un momento? ¡Hay tanto que hacer!

ISAAC. — *(Dejando el violoncello.)* ¿En qué puedo ayudarte?

DOBA. — Pone las copas sobre la mesa. Porque antes de que Eva termine de arreglarse...

ISAAC. — ¿Cuáles? ¿Las de agua?

DOBA. — ¡Las de agua! ¿En qué estás pensando? ¡Las

de champagne! (*Doba lo mira con tristeza mientras Isaac va humildemente a buscar las copas.*)

ISAAC. — Sabes, Doba. Estaba pensando en una cosa...

DOBA. — ¿Sí?...

ISAAC. — Que cuando me casé contigo no pensé matar dos pájaros de un tiro.

DORA. — ¿Y eso qué quiere decir?

ISAAC. — Que ibas a ser mi esposa y mi consuegra. (*Pausa.*) A veces tienen razón cuando dicen que somos una raza muy económica.

PETER. — (*Entrando sin llamar y blandiendo dos pasajes. Detrás suyo, recatada. Encarnación.*) ¡Se los conseguí más barato! ¡Con un 15 % de rebaja! Normalmente se rebaja el 5, pero nunca para pasajes de ida solamente.

ISAAC. — (*Acusando el golpe.*) . . . de ida solamente. (*Doba e Isaac se miran.*)

ENCARNACIÓN. — (*Rompiendo la tensión.*) ¿Todavía no llegaron?

DOBA. — Todavía no.

PETER. — . . . de Montevideo directo a Nápoles. Allí trasbordan el mismo día de llegada y cuatro días después ¡Haifa! Ah. ese viaje lo tenemos que hacer el año que viene, vieja. . .

ENCARNACIÓN. — Sí, pero sin trasbordar tan rápido. Antes tenemos que conocer Loyola, de donde era papá.

PETER. — Yo en medio de las provincias vascongadas ¿se dan cuenta? Te van a correr a pedradas cuando sepan por ahí que te casaste con un judío ¿con lo católica y fanática que es esa gente!

ENCARNACIÓN. — Tendrás que correr ese riesgo. El mismo que voy a correr yo en Israel cuando sepan que te casaste con una cristiana. (*Rien.*)

PETER. — ¿Vos vendrás con nosotros, no Isaac?

ISAAC. — ¿Adónde? ¿A las provincias vascongadas?

PETER. — No, hombre. A Israel.

ISAAC. — Vamos a ver.

PETER. — ¿Por qué "vamos a ver"? Para ustedes va a ser mucho más fácil. Nosotros, por ejemplo, tendremos que gastar mucho más sacando pasaje de ida y vuelta. Mientras que ustedes. . . ¿eh? bueno, como
 cuñado no fuiste tan malo, Isaac. Te echaré de menos.
 Y a ti también, Doba.

DOBA. — ¿No te estarás adelantando mucho, Peter?

PETER. — (*A Isaac.*) Te conozco, zorro viejo, Apostaría cien dólares (fue ya estás tramando algo. Con los pichonea ailá, eh ¿a qué te vinieron ganas de emigrar de nuevo?

ENCARNACIÓN. — Acabala con eso, Peter. Esas cosas no se pueden pensar tan a la ligera. (*Llaman. Doba va a abrir.*)

SCHORR. — Buenas noches. ¿Y cómo está la joven pareja?

DOBA. — Todavía no han llegado.

ENCARNACIÓN. — Hace solamente tres días que se casaron, señor Schorr. Hay que perdonarles la tardanza.

SCHORR. — Por supuesto, por supuesto. (*Vuelven a llamar.*)

DOBA. — (*Abriendo.*) ¡Bernardo! Qué alegría nos das...
 y qué alegría le vas a dar a Dany. ¡Eva! ¡Eva! ¡Mira
 quién llegó! BERNARDO. — (*A Isaac.*) Sé que se van mañana.
 Quería
 despedirme. ¿Cómo le ha ido, Don Isaac? ISAAC. —
 (*Paternal.*) ¿Y a ti, muchacho? ¿Tanto tiempo
 sin venir! Ya sé que te recibiste. EVA. — (*Apareciendo.*)
 Bernardo. . . qué alegría. Y cómo
 se va a alegrar Dany cuando te vea. ¿Lo llamaste
 "doctor", papá? Ahora no hay más remedio que darle
 ese título. ISAAC. — Sí. Es verdad. Doctor. Doctor
 Bernardo.

BERNARDO. — Vamos, Eva. No me tomes el pelo. (*A Isaac.*) Sí, me recibí. Pero unos meses después que Dany. Ya ve, Don Isaac, su hijo me ganó esa carrera y eso que empecé mucho antes que él.

EVA. — Miralo cómo se hace el modesto, papá. ¡ Con lo que trabajaba! A ver, déjame pensar... en las mutualistas, en el hospital, en la asociación de estudiantes. . .

BERNARDO. — Bueno. No es para tanto. Mucho más mérito tuvo Dany que estudió día y noche para recibirse y casarse.

EVA. — ¿Y tú no piensas casarte, Bernardo?

BERNARDO. — Ya ves. Con tanto trabajo... no he tenido ni tiempo de pensarlo.

EVA. — Bueno. Pero ahora me imagino que te harás de un tiempito ¿verdad? (*Rien.*) (*Llaman.*)

DOBA. — Ahora sí deben de ser ellos. (*Entran Dany y Myrna. entre tímidos y felices. Dany abraza a su padre y Myrna a su madre. Saludos. Emoción, etc.*)

DANY. — Tío Peter. Tía Encarnación.

PETER.—Y... ¿cómo te portaste, Dany? ¿Hiciste honor a la familia? ¡Y qué regalo tiene para ustedes el tío Peter! Miren lo que les traigo.

DANY. — ¡Los pasajes! Myrna. ¡Los pasajes para Israel!

Tío Peter. Sos el tío ideal. ¿Cómo podemos agradecerte?

PETER. — Pues invitándonos a vivir una temporada en tu casa de Israel cuando Encarnación y yo les hagamos una visita el año que viene.

MYRNA. — Délo por hecho, tío Peter. Si es que para en-

tonces podremos contar con una casa. A lo mejor, quién sabe, al principio nos arreglan con una carpa.

PETER. — ¡Entonces iremos a la carpa! ¿Verdad, vieja? Total, allá el clima no nos preocupa.

DANY.— (*Reparando en Bernardo.*) Bernardo... vos por aquí.
Qué alegría, viejo. Myrna. mira quién está.
MYRNA. — Bernardo. No sabes cuánto. . .
BERNARDO. — Venía a desearles buen viaje.
DANY. — Gracias, viejo. De aquello no queda nada, verdad?
BERNARDO. — ¿Qué es "aquello"? No puedo acordarme. (Bien)
DANY.— ...y sin embargo sé que tú no apruebas que me vaya ahora
que tengo el título \ que podría ser útil a. . .
BERNARDO.—(*Interrumpiéndolo.*) Bueno, bueno... yo no estoy
aquí para aprobarte o no aprobarte. Estoy para desearos
felicidad... y buen viaje.
DANY.—(*Afectado.*) A veces pienso, Bernardo... si uno pudiera
mantener la cabeza fría cuando se enoja... tanto tiempo sin
vernos por algo que... Y de repente, cuando te querés dar
cuenta... ya ve», mañana me voy para siempre y. . . (*Todos
permanecen callados.*)
EVA. — (*Rompiendo la tensión.*) "siempre . . . "siempre" es una
palabra demasiado seria para que la utilicemos nosotros que
recién estamos empezando, como nos lo dicen a cada rato...
los mayores.
SCHORR.— (*Llevando a un aparte a Myrna y Dany.*)
Tengo para ustedes un pequeño regalo. Por desgracia, el día del
casamiento me sentí mal y no pude asistir a la ceremonia. ¡Y
tanto que hubiera deseado ver casar a los hijos de mi mejor
amigo! Lo que pasa es que me estoy poniendo viejo.
DANY. — ¿Qué dice, señor Schorr? Le quedan muchos años por
delante. Ya lo veremos por Israel, va a ver.
MYRNA. — O ya nos verá por aquí. Porque alguna vez vendremos
de visita. ¿no Dany?
SCHORR. — Dany. Myrna. A mi edad ya no se pueden

hacer proyectos. Apenas nos queda tiempo de vivir el presente. Bueno. Esto es para ustedes. Para que presida vuestro hogar, se encuentre donde se encuentre. Y ojalá sea siempre en un mismo sitio.

MYRNA. Oh, mira Dany.

DANY.— ...el candelabro de los siete brazos.

SCHORR. "Y habló Yahvé a Moisés diciéndole: cuando coloques encima del candelabro las lámparas, hacia

la parte anterior del candelabro alumbrarán las siete lámparas". .

. para que recuerden siempre nuestro origen, queridos, y para que me recuerden a mí cuando ya no exista... cuando ya no exista el viejo Schorr, el amigo de vuestro padre. (*La escena se desplaza.*)

BERNARDO.— (*A Dany.*) ¿Ya les adjudicaron el kibutz?

DANY. — Sí. Todo arreglado. Lo de la carpa fue una broma de Myrna. Yo, además de trabajar mi cuota de tierra, voy a tener a cargo el consultorio médico.

BERNARDO. ¿Y Myrna?

DANY. Bueno... aparte de su labor como intérprete y traductora en la administración... ya tiene asignado un puesto en la casa cuna. PETER. ...y ojalá no tenga que cuidar solamente la

'cuna" de los hijos de los demás... eh, ¿Myrna?

ENCARNACIÓN.—Ya están diciendo inconvenientes.

Qué necesidad tenes de adelantar las cosas. Esas cosas

YA vendrán a su debido tiempo. PETER.— ...si ya no están viniendo, ¿eh picaros? Ah.

Isaac. Tú sí que no te puedes quejar. Si te vienen nietos van a caer justo en el lugar de tu dichosa biblia.

(*Conversan en grupos. Dany se acerca a su padre.*) DANY,

¿Qué tal, papá? No te veo muy conversador

esta noche. ¿Triste? ISAAC. — Un poco. DANY.— Yo

también. ISAAC. — No. Tú no tienes porqué estar triste. Tienes todo

por delante, hijo, Una buena muchacha, que estoy seguro te va a hacer feliz: un viaje; un hogar en el lugar que tanto deseaste. . . ¿cómo vas a estar triste?

DANY. — De cualquier manera, papá, se queda aquí alguien que yo quiero mucho. Aunque espero que no se quede por demasiado tiempo, ¿verdad?

ISAAC. — No tienes porqué preocuparte de los que se quedan. Los jóvenes tienen que construir su vida y no mirar para atrás. Ya ves... yo mismo lo hice cuando nos vinimos de Polonia. Y no nos fue del todo mal, ¿verdad?

DANY. — Ahora las condiciones son muy distintas, papá. Ahora nada impide que padres e hijos vuelvan a encontrarse. Ya no volverá a suceder lo que te pasó con abuelo y abuela.

ISAAC. — Es verdad. Eso jamás volverá a pasar. Eso jamás deberá pasar.

DANY. -Entonces, papá ¿puedo irme con la esperanza de que ire volveré a ver mu\ pronto, no?

ISAAC. Asi me parece, muchacho, así me parece.

PETER. — (*Hablando con los demás.*) ...v quién sabe si incluso no me instalo con una fábrica de ropa interior como empecé aquí hace unos años. Lástima. Dany, que vayas a escarbar la tierra... porque basta podría dejarte de gerente.

ENCARNACIÓN. - Este hombre cree que en Israel sólo lo están esperando a él para fabricar ropa interior. Vamos. Péter. Tú va descubriste América. Es difícil descubrirla dos veces. (*Sigue la reunión. Escena muda.*)

PETER. — Bueno. Las dos de la mañana. (*A Dany y Myr-na.*) Los llevo en el auto hasta el hotel. Mañana hay que levantarse temprano. Vamos, Doba. Vamos. Eva. Ya tendremos tiempo, mañana, de llorar todos en la cubierta del barco.

DOBA.—(*Cargando una cantidad de paquetes.*) ...son

los regalos que llegaron después del casamiento. En el hotel podrán elegir cuáles llevan y cuáles dejan. Isaac... vamos a acompañarlos hasta el coche. DANY—(*Tratando de hacer bromas.*) A ver si no te olvidas del violoncello cuando vayas para allá, ¿eh papá?

DOBA. Oh, de eso sí que no se va a olvidar.

PETER. — El pobre violoncello recorrió ya toda Europa. Qué significa para él un viajecito más. (*Salen todos. Queda la escena vacía, en penumbras. Vuelve Isaac, solo. Por un momento da la sensación de una tremenda soledad y abatimiento. El violoncello, como en toda la obra, destacado. Ve la viola de Rut. La acaricia. Ve el violín de Dany. Lo toma bruscamente y tiene el impulso de salir de nuevo.*)

ISAAC. — Dany... ¡el violín! (*Se detiene. Lo mira con tristeza.*) Bueno... ahora ya no importa. (*Se oscurece la escena.*)

NARRADORA. -No fue fácil esa despedida. Dany y Myr-na Ucearon a Israel. Las cartas traían buenas noticias, previsibles, basta cierto punto... el primer hijo, Samy, que llegó justito a los nueve meses... y la pe-queña Miriam que ya ocupaba su sitio en este mundo dos años después que sus padres se embarcaron. Ahora las cartas pedían con más insistencia que, papá y mamá Doba se decidieran a vender todo y se fueran a vivir definitivamente a Israel. Pero por aquí las cosas también habían cambiado. Siempre cambian, ¿verdad?

Porque tanto ustedes como yo sabemos muy bien qué es aquello que no cambia, aquello que es inamovible y definitivo... y para llegar a eso primero hay que haber vivido. Bueno. y aquí cobra importancia un nuevo personaje... el último personaje de esta historia... Pablito, el hijo de Rut. Una vez por semana sus padres lo enviaban a pasar la tarde con sus abue-

los maternos. Lo enviaban... pero no eran ellos los que venían a buscarlo. Papá había conocido a Pablito el día que Dany y Myrna se embarcaban para Israel. Sí. Ya sé lo que ustedes deben estar pensando... de que aquello parecía una sabia compensación inventada por alguien que está más allá de la lógica o del azar. ¿Dios? ¿El destino? Como ustedes quieran . . .
(*Se ilumina el escenario. Isaac y Pablito jugando con un tren eléctrico.*)

ISAAC. — No. No vale. Hay que volver a ponerlo en la vía.

PABLITO.—Abuelo. Déjame a mí.

ISAAC. — Espera un momento. Ese vagón tiene que estar en primer lugar, después de la locomotora. Es el vagón restaurant.

PABLITO. — Pero cómo, abuelo, ¿el vagón restaurant no va atrás del todo?

ISAAC.— No. Adelante.

PABLITO. — Y entonces ¿dónde ponemos el coche cama?

ISAAC. — Ese va en el medio. Como iba en el expreso Viena-Trieste. Aquel que tomamos tu abuela y yo cuando nos vinimos a América.

PABLITO. — ¿Abuela Doba?

ISAAC. — No. Tu otra abuela. La abuela Raquel.

PABLITO. — Ah, la abuelita que murió en Europa.

ISAAC. — ¿Ya sabes lo que quiere decir "morir", Pablito?

PABLITO. — Sí. Morir quiere decir irse al cielo.

ISAAC. — Eso mismo. Irse al cielo.

PABLITO. — ¿A quién quisiste más, abuelo; a la abuela Raquel o a la abuela Doba?

DOBA.— ¡Qué pregunta! ¡A la abuela Raquel! Porque era más buena que yo. Y por eso se fue al cielo.

ISAAC. — No le hagas caso, Pablito. A las dos las quise

de la misma manera. Pero volvamos al coche dormitorio. Ese va siempre al final.

PABLITO.— ¿Pero no dijiste que iba en el medio?

ISAAC. Es verdad. Qué raheza la mía. En el medio, sí. Tomamos aquel tren a las nueve de la noche en Vie-na... porque ei tren que nos había traído de Polonia no tenía coche dormitorio... y llegamos a Trieste a las nueve de la mañana.

PABLITO. ¡Qué manera de lardar! Para ir a Punta del Este papá y mamá ponen una hora y cuarto, con el auto. ¡Van a más de cien kilómetros por hora!

ISAAC.—Bueno Pero allá son otras distancias. Y además el tren para en todas las estaciones.

PABLITO. — ¿Pero no dijiste que era un tren expreso?

ISAAC. — Es verdad. Era un tren expreso. El que no era expreso era el otro, el que venía de Polonia. .. por eso me confundí. Bueno, pero también tarda más porque las distancias son más largas.

PABLITO. — La maestra dice que las distancias son más grandes en América que en Europa.

ISAAC. — Bueno. Eso sí. Pero aquel tren tenía que cruzar montañas.

PABLITO. — Para ir a Punta del Este mamá y papá tienen que cruzar tres arroyos: el arroyo Carrasco, el Solís Chico y el Solís Grande. Y también montañas.

La de las Animas y el Pan de Azúcar.

ISAAC. — Esas no son montañas. Son cerros solamente. Aquí no hay montañas.

PABLITO. — Sí que hay.

DOBA.—Isaac ¿por qué le insistís que aquí no hay montañas? ¿Por qué tenes que sacarle la ilusión al pobre chico?

ISAAC. — ¿Por qué? Porque ya no es tan niño. Bien puede saber algunas verdades que no le van a doler. El tiene que saber en qué país vive. (*Pausa.*) Y no

solamente tuvimos que cruzar montañas. También tuvimos que pasar por lugares en donde estaban los nazis. PABLITO. — ¿Quiénes eran los nazis, abuelo?

ISAAC.—Oh... fue gente que hizo sufrir a muchos países... y especialmente a los judíos.

PABLITO. — En la escuela dicen que los judíos nunca llegan a sentirse uruguayos. ¿Es verdad, abuelo?

ISAAC. — Bueno. Yo creo que no es cierto.

PABLITO.—¿Tú sos judío, abuelo?

ISAAC. — Sí.

PABLITO. — ¿Y la abuela Doba?

ISAAC. — También.

PABLITO.— ¿Y tía Eva?

ISAAC. — También.

PABLITO.— ¿Y mamá?

ISAAC. — También.

PABLITO. — ¿Y papá?

ISAAC. — No.

PABLITO. — ¿Por qué mamá es judía y papá no?

ISAAC. — Y... son de distinta raza, de distintas costum-bres, de . . .

PABLITO.—¡Si se parecen tanto, abuelo! Solamente no se parecen en que... mamá es mi mamá y papá es mi papá. (*Isaac y Doba sonríen.*) ¿Y yo que soy, abuelo?

ISAAC. — (*Dudando.*) Lo que quieras. Puedes elegir. ¿Te das cuenta qué suerte? Eres el único de nosotros que puede elegir.

PABLITO.—Pero es difícil. Yo quiero a papá y a mamá del mismo modo.

ISAAC. — Entonces no te preocupes. Cuando te pregunten qué eres, decí: "yo soy yo" y no das más explicaciones. ¿Te parece bien?

PABLITO. — (*Como descubriendo algo.*) "Yo soy yo",

"yo soy yo" .. abuela Doba. ¿Sabes quién soy? "Yo soy yo."
(Sale, jugando.)

DOBA. — (A Isaac) ¿Qué cosas le estuviste metiendo en la cabeza?

ISAAC. — ¿Yo? Nada. Que se conforme con eso, por ahora. Ya tendrá que hacer su elección, cuando sea grande. . . o, quien te dice, que cuando sea grande, esas cosas ya no importen. . . para suerte de todos. (Aparece Rui llevando de la mano a Pablito.)

PABLITO. — Mamá ¿Sabes quién soy? "Yo soy yo." "Yo soy yo."

ISAAC. — (Se levanta bruscamente del asiento.) Rut.

RUT. — Papá. (Los dos quedan inmóviles. Sobreviene una larga pausa.) Quise venir a buscarlo yo misma. ¿Te parece mal?

ISAAC. — (Con voz ahogada.) No...

DOBA. — Vení, Pablito. Mamá y **abuelo** tienen **muchas** cosas que hablar. (Salen. Rut da vueltas por la habitación, como reconociéndola. Ve la viola.)

RUT. — ¡Mi viola! Me gustaría llevármela. (Ve el violín de Dany.)
. . . ¡y el violín de Dany!

ISAAC. — Se lo dejó olvidado.

RUT. — Ya debo haber perdido la mano. (Se pone a interpretar.)
Parece mentira. . . Todavía me acuerdo.

ISAAC. — No. No. Allí te equivocaste. Es un mí. Un mí. (Busca una pieza de música.) . . . acá la tengo. (Se la entrega.)

RUT. — Es verdad. Es un mí. (Continúa interpretando.)

Isaac se dirige hacia el violoncello y empieza a tocar a dúo. Rut sonríe. Isaac sonríe. Rut ríe. Isaac ríe.

Ríen cada vez más. La música se liace cada vez más gozosa, como si a través de ella se dijeran todo lo que tenían que decirse.) (Se oscurece la escena.) (Se ilumina la escena. Isaac y Schorr jugando al ajedrez.) SCHORR. — Jaque.

ISAAC. — Está bien. Ganaste.
SCHORR.—Te dejas ganar muy fácilmente.
ISAAC. — Es que estaba pensando en otra cosa.
SCHORR. — ¿En Job?
ISAAC. — No. En Isaías. La parte aquella, ¿te acuerdas? "quienes son aquellos que vuelan como una nube"..
SCHORR. — ••• y como palomas a sus palomares". ..
ISAAC. — Continúa.
SCHORR. — Espera un poco. Mi memoria ya no es la de antes. (*Abre la Biblia.*) ". . .ciertamente, congréganse los barcos — con las naves de Tarsis a la cabeza — para traer a tus hijos de lejos — para el nombre de Yahvé, tu dios — para el dios de Israel — tus puertas estarán abiertas continuamente — no se oirá hablar más de violencia en tu país — de opresión y de ruina en tu contorno — y el sol no te servirá de luz durante el día — ni para resplandor te servirá la luna — sino que Yahvé te servirá de luz eterna; tu Dios de esplendor tuyo — y no se pondrá más tu sol ni menguará la luna — porque han concluido los días de tu duelo". ..
ISAAC. — Hermoso. Muy hermoso. (*Pausa.*) ¿Te das cuenta, Schorr? ¿No es como si el profeta imaginara lo que algún día, tal vez. ..
SCHORR. — Es verdad. Lo que algún día tal vez Y
eso lo dijo. .. a ver. .. 300 años después de Salomón. Hace 2.600 años.
ISAAC.— ¡Dos mil seiscientos años!
SCHORR. — Así es. (*Pausa. Quedan los dos pensativos.*) Bueno. Me voy. Gracias por el té. (*Hace ademán de irse pero vuelve.*) De cualquier manera, Isaac, dichoso tú que no tienes que conformarte con las páginas de la Biblia, y que algún día, dentro de poco. ..
ISAAC. — No sé si algún día me iré a Israel, Schorr.
SCHORR. — (*Volviéndose a sentar.*) ¿Cómo? ¿Y quién

te lo impide? Tú tienes todas las posibilidades. Puedes pagar el pasaje para ti y Doba, en primera, si se te da la gana.

ISAAC. — Escucha, Schorr. No se trata solamente de dinero.

SCHORR. — ¿Y de qué puede ser, entonces?

ISAAC.—Schorr. Schorr. Tú no me comprendes. ¿Qué puede hacer en Israel un viejo como yo?

SCHORR. — Tú no eres viejo. (*Pausa. Lo mira con detención.*)

Bueno, un poco. Pero estás sano y te quedan muchos años de vida.

ISAAC. — ¿Y eso quién lo puede saber? Mira, yo no le digo nada a Doba para no preocuparla. Pero tengo un dolor aquí, en el costado.

SCHORR. — Será un poco de reumatismo.

ISAAC. — Ojalá. Pero no creo. A nuestra edad, Schorr, ya estamos viviendo de prestado. Además, lo que te venía diciendo. Aquella es una tierra para jóvenes. Para los que pueden trabajar, para los que pueden agarrar el fusil. ¿Qué puede hacer allá un viejo con un dolor en el costado?

SCHORR. — Bueno. No tienes porqué ir a abrir surcos. Ni tampoco porqué cargar un fusil. Pero puedes llevar tu capital. Invertirlo... y vivir con los intereses.

ISAAC—¡Todavía estoy muy lejos para vivir de inte-

reses! Y el capital habría que invertirlo en alguna industria, o en algún negocio, y hacerlo producir. Para eso se necesita un hombre joven, con espíritu de empresa. Yo nunca fui un espíritu de empresa. Y mucho menos lo soy ahora. Ni siquiera mi cuñado Peter está para eso, hoy, tú que lo conociste cuando se llevaba

el mundo por delante. SCHORR. — Pero allá tienes a tu hijo y a tus nietos. ISAAC. — Te olvidas que acá también tengo hijos y nieto.

SCHORR. — Pero tu mujer, Doba, tiene allá a su única descendiente.

..

ISAAC. — Sí. Claro. Si Dios me da vida iremos a visitarlos alguna vez. A estar con ellos algún tiempo. Pero

eso de irnos para siempre. . . de cambiar otra vez de país. . . no, creo que no.

SCHORR. — (*Claudicando.*) No te entiendo.

ISAAC—Además. . . ¿sabes lo que vine a descubrir? Que este es mi verdadero país. ¡Son 25 años, Schorr! Acá me volví a casar. Acá se casaron mis hijos. Acá se han hecho un porvenir. Sí, ya sé, Dany que se me marchó. Pero los otros se quedaron. Y aquí nos han dejado vivir. Recuerda, Schorr, recuerda lo que fue nuestra vida en Polonia antes de la guerra. Y la de nuestros padres. Y la de nuestros abuelos. (*Los dos quedan pensativos.*)

SCHORR.—¿Sabes lo que estoy pensando?

ISAAC. — ¿Cómo puedo saber?

SCHORR. — Querealmente nos estamos poniendo viejos.

ISAAC. — ¿Y recién te das cuenta?

SCHORR. — Bueno. Se me fueron las ganas de irme. Te doy la revancha.

ISAAC. — (*Disponiendo las piezas.*) Bueno. Esta vez me toca jugar con las negras. (*Se apaga la luz.*) (*Se prende la luz.*)

NARRADORA.—Esta historia ya toca a su fin. Todo toca a su fin ¿verdad? Edades, civilizaciones, imperios. . . y hasta esas cosas sublimes que parecen forjadas por las propias manos de Dios, como las montañas y las estrellas; ¿cómo no han de terminar también todas las historias?. . . sobre todo cuando se trata de una pequeña historia... la historia de mi hermano Dany, la historia de mi hermana Rut y la historia de Isaac, mi padre; un judío polaco emigrado

al Uruguay en los comienzos de la segunda guerra mundial...
(Se ilumina todo el escenario. Aparece Isaac, recostado en un sillón, con unas mantas puestas por encima. Bernardo lo revisa atentamente. En escena Doba, Rut y la misma Eva, que pasa directamente de su rol de narradora al de participante de la acción.)

BERNARDO. — *(Después de revisarlo en silencio.)* Bueno, don Isaac. Animo. No se olvide de que tiene una deuda con Dany... y que recién la cumplirá cuando vaya a verlo a Israel. Por eso hay que reponerse pronto para ese viaje.

(Isaac sonría débilmente, sin contestar.) ...bueno. Mañana vendré a hacerle otra visita. Y que no me vaya a enterar que no quiere tomar los remedios. *(Lo palmea cariñosamente y luego se acerca al grupo de mujeres que permanecen lejos del enfermo.)* ...se está debilitando cada vez más.

BERNARDO. — No creo que valga la pena. Mejor dejarlo entre sus cosas. *(Pausa.)* Eso sí, Doba, Eva... que no vaya a enterarse de lo de Dany. Aunque les parezca que no puede escucharlas. Estos enfermos, a veces, son más receptivos que cuando estaban sanos. Ahora no sufre, pero se imaginan sí. . . ¿Y cómo fue?

DOBA. — *(Angustiada.)* Imaginate el estado de Myrna cuando nos lo mandó decir. Hacía poco acababa de tener el tercer hijo. No sabemos detalles. . . parece que fue en un ataque de represalia a territorio jorda-no. . . Los guerrilleros palestinos.

BERNARDO. — Qué cosa más terrible. Dany. Todavía lo estoy oyendo, antes de irse, lleno de sueños y de proyectos . . . *(Pausa.)* Eso sí, Doba, aunque sé que no le va a servir de consuelo. . . pero trate de comprender que los otros combatían por una tierra que consideran suya. Cuántos como Dany van a caer todavía,

en los territorios conquistado? y aun dentro de la misma Israel, si las cosas siguen planteándose del mismo modo. En fin. ¿Y cómo está el más chico?

DOBA. — Nació con más de cuatro quilos. Parece que se está criando muy bien, y que se parece a... *(Se interrumpe.)*

BERNARDO—Bueno, bueno. De cualquier manera hay un nieto más en la familia.

DOBA. — Sí. Uno que nace *(Solloza.)* y otro que. . . *(Bernardo le pasa el brazo por encima del hombro y permanece conversando con el grupo de mujeres. La luz se atenúa en este sector para iluminar con más intensidad la zona donde se encuentra Isaac, con los ojos extrañamente fijos.)*

ISAAC— ¡Doba!

DOBA. — Sí. ¿Qué querés? Sabes que no debes agitarte.

ISSAC- Doba, Me estoy muriendo ¿verdad?

DOBA. — *(Tocada.)* ¿Qué estás diciendo?

ISAAC. — Lo sé.

DOBA. — "Lo sé". Todos sabemos que nos tenemos que morir algún día. Yo también me voy a morir algún día. Y Rut. Y Eva. Y todo el mundo.

ISAAC. — Sí. Todos sabemos que nos tenemos que morir algún día. Pero no cuándo. En eso les llevo una ventaja.

DOBA. — Hace el favor de no decir tonterías. Además, te cansas.

ISAAC. — . . .es que no voy a tener muchas más oportunidades de hablar. Al menos en esta vida.

DOBA.— *(Sollozando.)* Isaac... ¿por qué me dices todo esto?

ISAAC. — Bueno. Bueno. Perdóname. *(Doba sigue sollozando.)*
¿Por qué no vino Pablito?

DOBA.—Ya vino esta tarde después de la escuela. ¿No te acuerdas?

ISAAC. — Es verdad. Me hago un lío con las horas. ¿Y ahora es de día o de noche? DOBA.

- De noche. *(Pausa.)*

ISAAC. - Doba.

DOBA. — ¿Sí?

ISAAC. — ¿No te parece una buena idea que Pablito

aprendiera el violín?

DOBA. — Bueno. Eso depende de lo que piensen los padres.

ISAAC. — No pueden oponerse a que el chico aprenda música.

Ningún padre puede oponerse.

DOBA. — No. Me parece que no. Por qué. .. ¿piensas pagarle a Pablito un profesor de música?

ISAAC. Sería una buena idea. Pero ya no **hay tiempo** para eso. *(Quedan los dos en silencio.)*

... está Rut por acá? .

RUT. Sí. papá. Acá estoy.

ISAAC. Alcánzame el violín.

RUT. — ¿Cuál? ¿El de Dany?

ISAAC. ¿Cuál otro sino? *(Rut. le, alcanza el violín. Isaac lo mira, lo acaricia.)* Rut... después... cuando vuelvas a tu casa... déjale el violín a Pablito. Decile que es un regalo del abuelo Isaac.

RUT. — Pero papá. Mira que es el violín de Dany.

ISAAC. — Ya lo sé.

RUT. — ¿Pero le vas a regalar el violín de Dany?

ISAAC. — ¿Por qué no? Dany está tan lejos. No lo va a tomar a mal. *(Rut toma el violín. En el otro extre-*

mo del escenario (urda el violoncello solo, iluminado.) ...y ahora, Eva, quieres leerme... Isaías... está señalado... una parte que empieza... "quienes

son aquellos que vuelan como una nube". EVA. — *(Toma la Biblia y lee.)* "y como palomas a sus palomares, — ciertamente, congréganse los barcos — con las naves de Tarsis a la cabeza — para traer a

tus hijos de lejos — para el nombre de Yahvé, tu dios... (*Eva cesa la lectura y una voz fuera del escenario, de tono ampliado, simbólico, continúa la lectura.*) . . . tus puertas estarán abiertas continuamente — no se oirá hablar más de violencia en tu país • — de opresión y ruina en tu contorno — y el sol no te servirá ya de luz durante el día — ni para resplandor te servirá la luna — sino que Yahvé te servirá de luz eterna — tu Dios de esplendor tuyo — no se pondrá más tu sol — ni menguará la luna — porque han concluido los días de tu duelo".

(Mientras se oyen los versos de Isaías, Eva, que había comenzado a leerlos, sale del escenario. Queda sólo Isaac, ensimismado, bebiendo las palabras. Apenas iluminado Isaac y el violencello. La luz se apaga en el momento en que la voz dice el último verso.)

TELÓN